VII

SAINT-SIMON

Cuadro de la Corte de España en 1722 (1)

SAINT-SIMON nos cuenta en sus *Memorias* que el tiempo que duró la convalecencia de las viruelas locas que padeció y la cuarentena subsiguiente que le tuvo aislado durante seis semanas, le empleó en redactar un cuadro de la Corte de España, tal como era en el momento de su embajada. Durante este corto espacio de tiempo no le fué posible, evidentemente, hacer más que un boceto de este trabajo, porque no pudo reunir todos los elementos durante los quince o veinte días que había pasado en Madrid antes del comienzo de su enfermedad, y el alejamiento temporal que la siguió le impidió reunir las indicaciones orales que necesitaba para pintar la vida de la Corte y los caracteres de los personajes. Tuvo, pues, que limitar su trabajo a redactar las genealogías de los Grandes de España, que insertó más tarde en sus *Memorias,* y a escribir la historia de la Grandeza, que forma parte de su "Cuadro". Pudo hacerlo gracias a los tratados de Imhof que había llevado consigo a España y también con otras obras españolas que le fueron indicadas. Vuelto a la vida normal y al trato de los hom-

(1) El título exacto del manuscrito del Archivo de Estado en París (*Memorias y documentos,* vol. España, 92, fol. 156) tal como lo redactó de su mano Saint-Simon, es:

"Cuadro de la Corte de España, hecho a fines de 1721 y principios de 1722."

bres, sus conversaciones con el Duque de Liria, con el cuñado de éste, el Duque de Veragua, y con otros, le permitieron completar estos primeros elementos y le procuraron, sobre todo, lo que le faltaba acerca de las gentes y los usos de la Corte.

Es seguro que su trabajo no estaba hecho cuando salió de España, pues no hubiera tenido tiempo ni ocasión de hacerlo, y la expresión "desde mi marcha", que emplea en varias ocasiones, demuestra que únicamente a su vuelta y durante el curso del año 1722 fué cuando pudo dar a su obra la forma y la extensión que había proyectado. La versión definitiva que ha llegado a nosotros, completamente autógrafa, se conserva hoy en el Archivo de Estado, tomo de España (*Memorias y documentos*), 92, donde ocupa los folios 156 a 194. Es la copia en limpio de unas notas muy ampliadas, o más bien de un borrador primitivo no muy anterior a ella.

Desgraciadamente (pues el manuscrito es incompleto) no poseemos ni las notas tomadas en España ni el borrador primitivo. Esa copia en limpio se interrumpe bruscamente hacia el final de una cuartilla, cuyo verso está en blanco, y en plena descripción de las damas de palacio de la Reina de España. Perdemos con ello los retratos de las últimas damas, como son la Princesa de Pettorano, francesa, y la Condesa de Taboada; los de las damas de honor (alguno de los cuales no hubiera dejado de tener su lado picaresco); el de la azafata, antigua ama de cría de la Reina, y el del confesor de ésta. Tal vez también tengamos que lamentar la falta de los retratos de caballeros y damas que formaban la casa de los Príncipes de Asturias. Además, es seguro que el cuadro abarcaba otras esferas. Así, antes de hablar de los "cargos y empleos de la Corte" anuncia el autor que tratará de los del Gobierno y de los Gobernadores de provincia, y en el artículo de la "Estampilla" remite a lo que dirá de los Consejos. En otro pasaje anuncia las audiencias de los Embajadores, los *besamanos*, y

como en la copia que poseemos no se trata de nada de esto, resulta evidente que la copia actual es incompleta y que a pesar de su considerable extensión debía haber sido mucho mayor. No podemos más que lamentar la desaparición de esta parte final del "Cuadro", en la que seguramente se habrían encontrado retratos y relatos interesantes.

El trabajo importante de Saint-Simon sobre España, en la época de su embajada, debió comprender cinco partes, bastante bien definidas, aunque no materialmente especificadas. 1.° Retrato de las Personas Reales y cuadro de la vida de la Corte. 2.° Retrato de los Grandes de España que existían en 1721-22. 3.° Noticia histórica de la grandeza. 4.° Exposición de los cargos de la Corte, con el retrato de sus titulares. 5.° Cuadro del Gobierno y de los Consejos, con los retratos de los Ministros y de los principales funcionarios. Pero, como acabamos de decir, nos falta el fin de la cuarta parte y toda la quinta.

Hemos dicho antes que el "Cuadro" fué copiado en limpio, aunque incompleto, en la versión que a nosotros ha llegado, en los últimos meses de 1722. ¿Por qué no le terminó Saint-Simon? Tal vez se prolongó este trabajo hasta 1723, siendo entonces interrumpido por los graves sucesos de aquel año: muerte del cardenal Dubois y muerte del Regente. Lo cierto es que si Saint-Simon lo suspendió entonces, volvió a su interrumpida tarea durante el año 1728. Tenemos la prueba de ello en que lo que añadió entonces (la letra, bastante diferente de la del texto de 1722, indica por sí sola adiciones posteriores) a continuación de los retratos de los Grandes de España y de otros que los completan en una página en blanco que quedaba antes de la disertación sobre la Grandeza, añadió, decimos, los "cambios ocurridos entre los Grandes desde 1722, en que salí de España, hasta enero de 1728". Escribió al mismo tiempo, en las márgenes de los retratos de los Grandes de España, algunas

notas complementarias, que reproducimos, destinadas a indicar las modificaciones que había habido desde la primitiva redacción. Desde su vuelta, Saint-Simon no descuidaba el completar su trabajo: tenemos cartas suyas del 3 de junio de 1726 y 4 de enero de 1728 dirigidas a los Duques de Liria y de Veragua (vol. *España,* 343, folio 360, y 352, fol. 100), en las que pide indicaciones y da gracias por otras que le han sido enviadas. Lo que no se explica fácilmente es que al completar Saint-Simon su trabajo en 1728 no hubiera terminado la copia en limpio, que dejó sin acabar.

Cuando, hacia 1739, se puso a redactar sus *Memorias,* y al llegar a los acontecimientos de los años 1700-1701 tuvo que relatar el advenimiento de Felipe V al trono de España, comenzó primero por el "Retrato al natural de la Corte de España, tal como es en 1701", que había escrito ya en 1705 basado en los relatos y en los datos de Louville, sirviéndose de ellos para trazar los retratos y caracteres de los principales señores españoles de aquel tiempo que insertó en sus *Memorias.* Luego, reflexionando, en el momento mismo de escribir la larga "Digresión sobre la dignidad de Grande de España", tomó sus elementos principales de la parte del "Cuadro" de 1722, referente a la Grandeza. Y, por fin, cuando, al llegar al relato de su embajada de 1721, quiso incluír en sus *Memorias* los retratos de los Soberanos españoles y de los señores con quienes se había relacionado, utilizó el "Cuadro" siguiente, pero sin reproducirle servilmente ni en su disposición ni en su conjunto.

Es de notar también que Saint-Simon, que había cuidado mucho en el "Cuadro" los retratos de los poseedores de grandezas en 1722, los ha abreviado o descuidado bastante en las *Memorias*: ha redactado en su lugar una especie de arduo historial de cada título de grandeza desde su creación, que no figuraba en el "Cuadro". Hay, pues, diferencias sensibles entre el

"Cuadro" y las *Memorias,* aunque bastantes fragmentos del primero se encuentran en las segundas.

La extensión de este "Cuadro de la Corte de España", aunque incompleto, es considerable; el manuscrito comprende setenta y nueve páginas en folio mayor de la letra menuda y muy apretada de nuestro autor. Edouard Drumont, en sus *Papeles inéditos del Duque de Saint Simon; cartas y despachos de la Embajada de España* (1880), no ha dado más que las doce primeras páginas, pero sin tener la precaución de advertirlo, haciendo creer, primero, que su publicación era completa, y únicamente después, al compararla con el manuscrito, se cayó en la cuenta de que sólo había publicado una primera y mínima parte.

Parece, pues, indispensable publicarle ahora íntegro. Pero las dimensiones de la obra, aunque falta del final, son tales, que era imposible, aun dividiéndola en varias partes, hacerla entrar toda en los apéndices de las *Memorias.* Ha sido preciso dar varios cortes. Después de maduro examen se ha creído que tanto la lista escueta de los Grandes creados por Felipe V desde 1722, como el cuadro tan árido de las Grandezas clasificadas por Casas, y sobre todo el historial de la dignidad de Grande de España, cuyas partes esenciales había insertado Saint-Simon en la redacción del año 1701, podían suprimirse sin grave inconveniente.

Cuadro de la Corte de España

El Rey de España tiene un espíritu muy recto, mucha religión, gran miedo al diablo, alejamiento del vicio en sí y en los demás, y un gran fondo de equidad. La delicadeza de su conciencia no se limita a los escrúpulos ordinarios, sobre todo de la vida común, sino que los extiende a la vida pública y a los deberes de la monarquía, singularmente para la administración de la hacienda y de las deudas, muchas de ellas emitidas por sus causas y por sus efectos, sin parecer prestarlas gran atención. Su confianza en su confesor no se limita sólo a aquello que suele ser materia ordinaria de las confesiones. Ignorante en grado sumo y completamente entregado a la religión y a la justicia, como la mayoría de los príncipes tímidos y poco avisados, que no saben distinguir el fondo de la superficie, se entrega servilmente a aquélla como cosa de percepción y de práctica y de más fácil dispensa. Esta disposición da al confesor, sea el que fuere, y por el solo hecho de serlo, una influencia principal que contrarresta todas las demás, aun, a veces, la de la misma Reina, que es la otra verdadera influencia.

Buen padre, demasiado buen marido, muy reservado —quizás no siempre para la Reina y para el confesor—, parece no haber olvidado la sangre y el país de que procede, sin que ello sirva de gran cosa. Fácil y complaciente de ordinario, aunque naturalmente obstinado, a menudo con exceso y a veces sin apelación posible. Desconfiado de sí mismo y de los demás, lo que le hace silencioso, indeciso y muy suyo hasta la inconveniencia, aun cuando nunca diga nada a destiempo y hasta hable

bastante frecuentemente con precisión y dignidad. Pero su reserva, el trabajo que le cuesta resolverse a decir dos palabras y el exceso de su timidez e indecisión, que llega a un punto incomprensible, desfigura a menudo lo que dice, excepto en audiencias y en ceremonias solemnes, en las que habla y se conduce con una majestad y una exacta corrección que sorprenden, por lo mismo que distan mucho de lo ordinario.

Lo mucho que se ha abusado de su nombre y de su autoridad en todo, que sus cualidades han dado lugar a usurpar, y que él ha reconocido después, le ha producido tal temor de volver a caer en la misma dependencia, que se ha hecho suspicaz, y por quererlo hacer todo por sí mismo nada se hace sin trabajos y demoras, que traen consigo graves males a la Monarquía.

Infinitamente duro para los demás, teme mucho las enfermedades, y sobre todo la muerte. Cuida con exceso de su salud, de la que es esclavo, sin serlo, sin embargo, de las opiniones de los médicos más de su estima, y ha hecho suceder un reposo casi continuo a un ejercicio y a un trabajo de cuerpo inmoderados. Sumamente vanidoso, amaría el fausto y la pompa si su gusto no le arrastrase por lo personal, acuciado además por celos innatos de su mujer, que son infinitos. Ostentoso para su persona, quiere que la Reina y los Infantes lo sean. Aunque poco generoso, gusta de cosas suntuosas, las grandes empresas, las tropas y la guerra. Incomprensible en un valor muy natural y en su indiferencia completa por todo lo que halaga el valor del ejército, hasta hacer dudar del suyo a quien no le conozca por haberle visto. Esclavo de sus costumbres como los Príncipes de su familia, le conmueven poco los servicios, buenos y malos, y poco cuidadoso de recompensar ni de castigar, no ha sido difícil, en varias ocasiones, posponer o derribar a los que le han elevado al trono y elevar a los que más le han atacado. Ningún retrato de Carlos II, que le llamó para sucederle; ningún hombre de los

que han trabajado en el famoso testamento y que luego lo han sostenido, han continuado en su puesto. Una educación de hijo menor entre dos hermanos de apariencia impetuosa, ha traído para él consecuencias demasiado fuertes.

De placeres, sólo conoce la caza y el matrimonio, y si algo puede abreviar la larga vida que le promete su temperamento nervioso, vigoroso, sano y de buena complexión, será el exceso de comida y de ejercicio del deber conyugal, en el que trata de excitarse con algunos socorros continuos. Insensible a todas las inclemencias: aire, frío y calor, exige a los demás la misma fuerza para soportarlos inútilmente, hasta a la Reina, aun cuando se halle indispuesta, embarazada o recién parida. Aunque la quiere mucho, parece que es más bien por egoísmo, y que al envejecer perderá mucho de su influencia. La primera mujer tuvo siempre mucha más, y aun al fin de su vida, atacada como estaba de una enfermedad repugnante y de fácil contagio, pareció muy afligido (?) después de su muerte, si bien el consuelo llegó pronto y fácilmente.

Le molesta sobremanera que le sobrepasen en nada, lo que le hace muy retenido en hablar y alejado de los consejos donde se opina. Lo mismo le sucede con los ejercicios corporales de habilidad o de fuerza, y desde que una sola vez fué vencido en la carrera por el Duque de Orleans en uno de sus viajes a Madrid, no ha vuelto a correr (según el mismo Rey me ha dicho) ni solo, ni contra nadie. Le gusta bastante el baile, y aunque encorvado y con no muy airosas piernas, baila, como antiguo bailarín que ha danzado bien en otros tiempos, con majestad y dominio de su baile. El baile es el único acto de Corte que le ofrece atractivos, y esto aun por condescendencia con la Reina. Es gran observador, especialmente de los defectos y del ridículo, que imitaría y devolvería muy bien y con gusto si no se contuviese, así como de la broma, a la que es muy inclinado y dispuesto.

De muy buena memoria, nunca se informa de nada de los que ha conocido en Francia, y si ha conservado algo más de afecto por cualquiera que por el resto de su familia y de todo lo que le rodea, ha sido por el Delfín, su hermano. Se da uno cuenta de su respeto y de su afecto por su memoria, y por la parte que tiene que hacer rendir a ésta, en casa del Rey, su sobrino.

Una gran fuerza de imaginación, y mayor aún de voluntad y de sentimiento, es tal vez lo que podrá definir mejor a este Príncipe tan difícil de serlo.

La Reina de España es muy graciosa de cuerpo y en todo lo que dice y hace pone tal naturalidad y aparente facilidad de maneras, haciendo se olviden los estragos causados por la viruela en su rostro, que hacen aumentar el encanto de su talento. Su inteligencia sería mayor y más amplia a no haber estado desprovista de alguna educación y cultura. Su familiaridad, aunque grande, en nada ataca la majestad real y la hace aparecer más amable.

Tiene todas las prácticas de devoción de su país y del que habita, sin ninguno de los escrúpulos del Rey, a quien puede achacarse gran parte de su devoción; pero que no ha podido inspirarla su afición a los jesuítas ni la confianza necesaria con un confesor al que no dice casi nada más que sus pecados. Altanera, colérica, violenta aun con el Rey, por genio, que no la falta, y a veces por habilidad; pero, sin embargo, sus éxitos han sido muy varios. Ignorante hasta el extremo de las cosas del Gobierno; por esta razón es inadecuada para los negocios y duda ante los detalles; desea, no obstante, conocer y tomar parte en todas las decisiones, sin atreverse a demostrarlo demasiado.

Unida primero a Alberoni para gobernar, le sirvió para anular los Consejos y para aislar al Rey hasta el extremo en que se encuentra, sin permitir que hasta él llegase nadie. Apercibióse demasiado tarde de que aquel

ministro se aprovechaba de todo y no la dejaba más que el penoso papel de divertir al Rey sola, reduciéndola a una dependencia, que luego contribuyó a la caída del Cardenal.

Pero el hábito del aislamiento, que llega hasta la reconcentración, no pudo modificarse a pesar del deseo que más tarde tuvo la Reina de hacerlo.

Como la Corte corrió igual suerte que los Consejos, y como las largas ausencias de Madrid para estar más aislados fueron obra de la Reina y del Cardenal en su común interés, se ha conquistado el odio público. La acritud y poca medida de sus palabras sobre los españoles, y en particular sobre las damas, han acabado por hacer de ellas sus enemigas, y su comparación con la difunta Reina ha terminado la obra. El Rey comparte este alejamiento de las voluntades, que a veces estallan en imprecaciones en voz alta, en vez de aclamaciones, cuando SS. MM. pasan, y sobre todo cuando salen de Madrid. Rara vez, en las ocasiones más corrientes, son acogidos por las aclamaciones de la multitud, y los oídos de la Reina se ven a menudo ofendidos por el grito público de "¡Viva la Saboyana!", que, sin embargo, hacia el fin de su vida no era nada querida por odio del yugo insoportable de la Princesa de los Ursinos.

Esta aversión y todo lo que el Rey ha sabido de Alberoni desde su caída, han disminuído el favor de la Reina, que ya no es lo que era: ahora necesita mucha habilidad, rodeos, terceras personas y gran paciencia; pero así y todo sería infinitamente perjudicial estar a mal con ella, y nada puede conseguirse si no se la tiene favorable, o cuando menos no contraria. Pero ella misma no alcanza siempre lo que quiere, aun en aquello en que demuestra su interés al Rey.

Muy apasionada por su país, por sus compatriotas y por monsieur y madame de Parme, más por conveniencia y grandeza que por ternura, y de tal suerte que no es esclava ni de sus miras ni de sus intereses. Su minis-

tro no la gobernará siempre y mucho menos que ningún otro, Scotti, que lo es al presente.

Está preocupada por lo que sería de ella si el Rey, que ha tenido enfermedades de cuidado, llegase a faltar. La impresiona el estado de la Reina viuda y el de la última Reina madre, y oculta esta especie de reflexión y las miras que de ella nacen con gran cuidado y arte. Apasionada por sus hijos, por ternura y por razón, y a todo dispuesta cuando se trate de facilitarlos grandes acomodos, parece dedicada al Rey hasta el olvido de sí misma. Atenta a complacerle en conversaciones y en cosas, en grandes y continuas alabanzas, de las que nada la distrae un momento, y de un agrado, al parecer, tan fácil y natural, que engaña a menudo, haciendo creer de su propio gusto aquello que lo es menos, por continuado, fatigoso, aventurado y enojoso. Tal es su caso y tal la continua compañía, que jamás tuvo igual; esta asiduidad de todos los días en la caza, ya esté la Reina embarazada, enferma, apenas convaleciente de un parto, expuesta al peligro de los coches, a todas las inclemencias del tiempo y a otras mil cosas que sin cesar se repiten y suceden. Podría creerse igualmente que tiene aversión por aquello que más la gusta: el juego, la música (que conoce a la perfección), las fiestas y diversiones de una gran Corte: en una palabra, la sociedad; para todo lo cual es perfectamente apta, y para la conversación, que sostiene muy agradablemente, y aun varias a la vez, siempre que se presente ocasión.

Buena, compasiva y alegre por naturaleza; por inclinación bromista y muy observadora del ridículo, que imita a la perfección. Sus bromas son finas y casi siempre cultas, pero no les faltaría la salpimienta si quisiese permitírselo: tiene a menudo un cierto aire de modestia y de perplejidad y cuida mucho de dirigirse a todos y de conversar con todos cuando es oportuno, y tan atenta que atrae la gente a su lado, dejando un vacío muy marcado el lado derecho del Rey (ella va siem-

pre a su izquierda, sin que nada cambie este orden). Vive con los hijos de la difunta Reina, teniendo para ellos amistad, cuidados y atenciones muy marcados; pero los que prodiga al Príncipe de Asturias son miramientos continuos, que llegan hasta el respeto. Constantemente ocupada desde su casamiento en ganar el afecto de la Princesa, puede decirse que sin llegar al respeto aparente que con el Príncipe, tiene para ella más deferencias de las que recibe. Regalos continuos y liberalidades tan exageradas, que ante el temor del abuso que de ellos pudiera hacer la Infanta, he creído mi deber advertírselo.

Siente y demuestra la desproporción que el nacimiento y la corona han puesto en su matrimonio, y habla muy libremente de su cara, de sus defectos y de todo aquello que las mujeres suelen temer más. Su conducta no merece ninguna justa sospecha. Hábil en el tiro a vuelo con bala, monta bien a caballo, es atrevida, baila a la perfección y con majestad toda clase de bailes; está admirablemente formada, es ligera, sumamente graciosa para andar y para todo. Muy desigual y a veces brusca, infinitamente vivaz, muy sensible, pero nada aturdida. Enemiga de toda afectación y de disimulo en lo que puede y muy por encima del lujo y de la ostentación, a los que se doblega para dar gusto al Rey y por respeto a las conveniencias. Detesta los chismes y enredos, y por ello prefiere la sociedad de los hombres a la de las mujeres. Después del bien del Estado, del Rey y de su familia, su inclinación es francesa.

Alejó al principio cuanto pudo todo el partido de la Reina difunta y de la señora de los Ursinos, pero esta conducta sólo duró hasta que favoreció a algunos. Ninguna de sus damas puede pasar por su favorita, y aparte algunas impaciencias, las trata a todas bien. Si tiene preferencia por los viajes, es sólo por conveniencia y por comodidad. Unicamente su nodriza es la preferida y la que goza de su confianza, que llega hasta hacerla soportar sus malos humores y querer que, a ejemplo suyo,

los soporten los demás. Lo más femenino que tiene la Reina es su amor a los pájaros y a los animales, que la divierten y que tal vez no la sean inútiles en el extremado retiro en que vive. Tiene mucho de la Reina de Inglaterra, viuda de Jaime II, pero muy lejos de su grandeza y de su aire señorial.

El Príncipe de Asturias es una miniatura. Esbelto, delgado, fino y delicado, pero sano; tiene hermoso cabello rubio, la cara fea y se parecerá, con el tiempo, a su abuelo materno, el Rey de Cerdeña. Es hábil para todo; monta bien a caballo y sólo le falta la fuerza. Tira bien, le gusta la caza y los ejercicios y baila maravillosamente toda clase de danzas, que aprende en seguida. Si la Reina y él tuvieran que bailar en un teatro, harían subir los precios los días que actuasen. El Rey le quiere mucho, sin demostrarlo más que cuando baila, que no le pierde de vista, aunque baile con la Reina, que lo hace mejor, porque es muy delgado y muy débil. Prometía mucho y hubiera sido capaz de aprovechar una buena educación si las cortapisas de Corte y el natural de sus preceptores se lo hubieran permitido. Quiere y teme al Rey y tiene para la Reina y para sus hijos más atenciones que afecto verdadero, no correspondiendo siempre a sus deferencias. Sorprende su mala educación, que llega hasta no inclinarse o descubrirse al cruzarse y ser saludado por las damas más encopetadas, en lo que no le dan el ejemplo el Rey ni la Reina, estando lo demás en armonía con esto. Familiar, sin embargo, aunque poco ducho en conversar, ha pasado por muchas manos antes y después de su matrimonio, y habituado a convivir con hijos de lacayos, que son su compañía y con los que se encuentra bien por ser muy libre con ellos. Se le escapan rasgos singulares de ahorro, que tal vez proceden del trato con aquellos, del poco dinero que le dan, o de su inclinación. Ella es francesa, aunque educada por manos enemigas de Francia. Estuvo contentísimo, tal vez por niñería, al verse casado, y le molestó mucho no estarlo

más que en apariencia durante algún tiempo. Parece querer mucho a la Princesa y parece también que le han de gustar las mujeres, que será devoto, que el cuidado de su salud —aunque es buena— es sorprendente y que se parecerá al Rey en muchas cosas. Es ya muy reservado, como lo ha probado en el asunto de su matrimonio. Es la pasión dominante de los españoles, que no se cansan de verle y de perseguirle con sus aclamaciones, pagándoles él con su afecto. Odia y desprecia a su preceptor y se lo ha probado bien, lo mismo que al subpreceptor. No podía soportar a Alberoni, tal vez a causa de lo afecto que era al Cardenal del Giudice, que era su preceptor. Todavía no se puede notar que tenga marcada preferencia por nadie: es aún muy niño.

El infante don Fernando es también hijo de la Reina difunta y, sin embargo, se parece mucho a la Infanta, aunque bastante más guapo, y promete bastante en todos aspectos, por la imaginación, la vivacidad y sus respuestas rápidas; nada prodigioso, como la Infanta, aunque de mucha más edad. Es muy bien plantado y tiene aspecto robusto y vigoroso. Educado con el Príncipe, comen juntos, aunque con diferente preceptor. La unión y la ternura recíprocas de estos dos hermanos son indecibles, con la diferencia, nunca desmentida, de que el pequeño tiene conciencia de lo que es y que el mayor es muy afectuoso en todo. Ostenta la Orden de Saint-Esprit y la del Toisón, con la Cruz de Malta, porque es Comendador Mayor de Castilla, lo que le produce cerca de cien mil escudos de renta. Su unión con el Príncipe de Asturias me ha incitado a reunirlos. Su edad no permite decir más, ni nada de los otros dos Infantes, hijos de la Reina, sino que son sumamente guapos y robustos. El último tiene la Cruz de Santiago, en cuya Orden le vi ingresar en su infancia por ser Comendador Mayor, que le vale también cerca de otros mil escudos de renta. Como hijos del Rey de España, tienen todos al nacer el Toisón; pero el Saint-Esprit fué una merced del

Rey difunto, que quiso tratarlos, al otorgársela, como hijos de Francia.

La Princesa de Asturias, desde que ha pasado el Pirineo, ha demostrado mucha imaginación y gana de agradar, pero una carencia completa de elemental educación. Fácil para habituarse a las costumbres españolas y a sentir perfectamente la grandeza inesperada en que se encuentra, sin echar de menos nada, ha gustado mucho por su liberalidad y por sus limosnas. Altanera, voluntariosa, poco atenta con sus damas y abusando mucho de la complacencia verdaderamente ilimitada que encuentra en el Rey y en la Reina. Muy sumisa, por otra parte, a su Camarera mayor, siendo muy de lamentar que no tenga otra más capaz. Da pruebas de gustarle el Príncipe, y es complaciente con los Infantes. No tiene atenciones con nadie y se acuerda poco de Francia y de sus padres. Muy infantil y muy apegada a todas las fantasías.

Vida diaria en Palacio.

Nada de Etiquetas y gran confusión.—No estará mal dar una breve noticia de la vida corriente de la Corte de España, para formarse una idea de ella, por la que vendremos en conocimiento de otras muchas que podríamos echar de menos cuando ya no fuese ocasión.

Las famosas Etiquetas de España, que eran allí reglas inexcusables del mecanismo de todas las cosas, han sufrido diversas alteraciones, por grados, siendo por fin enterradas, durante la privanza de Alberoni, a quien molestaban, y que no pudieron resucitarse después de su caída, porque el Rey no ha podido cambiar de costumbre ni resolverse a romper el aislamiento a que le redujo este Ministro y que no es contraria a sus gustos. Hay, pues, que perder de vista estas diferentes piezas

de los aposentos de Palacio, donde todo el mundo era admitido sin ujier y, sin embargo, sin confusión, según su rango o el privilegio de sus entradas; no considerar ya las diversas llaves más que en las casacas adornadas, y la mayor parte de todos los cargos como nombres vanos y emolumentos mediocres, desprovistos de toda función y de todo privilegio; comprender que los pocos que no lo han perdido todo son sólo la sombra de lo que fueron antes; que los más distinguidos señores de todas clases: Grandes, Virreyes, cargos principales, Ministros de primera clase, Prelados preeminentes, Embajadores, y la gente común y de escalera abajo, pajes y oficiales, todos están mezclados, sin orden, en los mismos lugares, sin distinción, y en mayor confusión aún que a la que hemos llegado en Francia. Hablo de la vida diaria y no sé lo que en España se llaman funciones y ceremonias.

El Rey y la Reina sólo tienen para los dos las mismas habitaciones; los mismos aposentos para el mismo uso, la misma mesa para todo lo que quieren hacer, y hacen siempre juntos las mismas cosas; no se separan nunca sino para actos cortos, raros, indispensables; sus audiencias las celebran juntos, y para decirlo todo, tienen sus *sillas* taladradas en el mismo sitio. Casi no salen uno sin el otro; van a los mismos sitios, y en viaje o en paseo siempre juntos y en una gran carroza. El retorno del viaje de Lerma fué, tal vez, la primera excepción a esta regla: el Príncipe y la Princesa volvieron con ellos. Comen también frente a frente mañana y tarde. El Príncipe ha comido con ellos cinco o seis veces en su vida por azares de viaje y nadie más ha sido admitido a su mesa.

Cama común.—Duermen en la misma cama y les ha sucedido verse atacados de fiebre a la vez sin haberlos podido convencer que se separaran, aun haciendo llevar otra cama al lado de la suya. En la que los he visto, no tiene ni cuatro pies de ancha, con columnas y muy

baja. Hace cinco años el Rey estuvo muy enfermo durante varios meses, y la Reina durmió siempre con él durante su enfermedad. Lo mismo ocurre cuando la Reina da a luz, y en cualquier otra ocasión. Con la difunta Reina sólo dejó de dormir dos días antes de su muerte.

Despertar. Desayuno. Oración. Trabajo.—A las ocho de la mañana, Valois, que ha venido a España con el Rey, y la nodriza de la Reina, entran llevando huevos frescos. Al ruido del despertar del Rey y del desayuno que toma en el momento, se despierta la Reina. Se descorren todas las cortinas. La cama y los sitiales próximos a ella están llenos de papeles y de libros: hay también una labor de mujer. Toman cada uno un abrigo de cama, el Rey sobre muchas almohadas y la Reina simplemente sentada. Su ocupación es la oración y la lectura común. Entendamos de una vez para siempre que lectura, en ellos, es la de libros de devoción y no de ningún otro, que para siempre se han prohibido. En seguida el Rey se pone a trabajar en sus papeles y la Reina en su tapicería. Hacia las diez llaman siempre al Marqués de Grimaldo, que despacha al lado de la cama: es lo que llamamos trabajar con el Rey.

Levantarse.—Un poco antes de mediodía se levanta el Rey servido por Valois, la nodriza y el Duque del Arco; pasa a la habitación contigua, donde están el Marqués de Santa Cruz, la Roche y Hersent, dos criados que ha traído de Francia, y algún otro. Mientras se viste, la nodriza, que se ha quedado sola con la Reina, habla con ella algunos momentos; llama después a la Camarera mayor y a dos doncellas de día, y la Reina se levanta. Pasa en seguida a otra pieza cercana, donde está su tocador. Allí hay dos damas de Palacio y dos señoras de honor, con algunas doncellas, y nadie más.

Orden. Tocado.—En cuanto el Rey está vestido da la orden del día al Duque del Arco y por la puerta entreabierta de la pieza interior que da al salón público don-

de están todas las mañanas los que pretenden audiencia, da la orden al capitán de Guardias, a los coroneles y a los oficiales de los regimientos de Guardias de Semana. Mientras tanto, los que han ayudado a vestir al Rey pueden ir al tocador de la Reina: el cardenal Borgia entra al final; el Príncipe, la Princesa y los Infantes no faltan nunca, pero sólo va con ellos la que hace veces de aya; a veces, a última hora, entre el Duque de Popoli, y el resto del séquito permanece en la galería interior que comunica las habitaciones de la Princesa, antes de la Infanta, con las de la Reina.

Audiencia. Hora de Corte.—Tan pronto como el Rey ha dado la orden en un momento, entra y cierra la puerta. En seguida llaman al confesor, que está, mientras tanto, en las habitaciones públicas. Habla con el Rey particularmente media hora larga y a veces más. Cuando sale, llega el turno de las audiencias que el Rey da a los ministros extranjeros o a los señores de la Corte que han sido llamados. Esto no es raro ni común y dura muy poco y casi nunca más de una [hora]. Si hay audiencia pública o del Consejo de Castilla, es la ocasión y el momento de ver al Rey pasar y volver a pasar. Se le puede hablar entonces sin audiencia, aunque sin comodidad, por la rapidez, más bien que la velocidad, con que anda. En estos momentos habla también a unos y a otros bastante familiarmente. En cuanto vuelve, va a buscar en su tocador a la Reina, y si hay capilla vuelve a salir solo para ir allá a través de los aposentos, donde están aún haciendo antesala, yendo y viniendo como acabamos de decir.

Si no hay ninguna de estas tres causas de salida, no le ve nadie, a no ser los que se encuentran cerca de la puerta cuando la entreabre para dar la orden después de haberse marchado todos. Como se sabe los días que no debe salir, aquellas mañanas va menos gente a Palacio. Hay pocos asiduos en total y menos los habituales; pero

en ciertos días la Corte es nutrida, magnífica y tiene todo el esplendor de la de un gran Rey.

Misa.—Acabado el tocado, van juntos a misa sin salir de sus habitaciones interiores, que comunican con un recinto de cristales y de adornos dispuesto en el extremo bajo de su capilla, frente al altar. Hay otro (altar) en este recinto llamado tribuna, aunque a nivel de la capilla y que tiene dos tribunas verdaderas sobre la totalidad de este recinto. En este altar interior es donde oyen misa, y cuando es una misa mayor la oyen en el altar mayor a través de los cristales. Todos los que pueden entrar en el tocador de la Reina entran también en la tribuna y además el capitán de Guardias que está de guardia. Acabada la misa, el Rey y la Reina vuelven a sus habitaciones y se quedan solos. Cuando hay capilla, asisten a ella en la misma tribuna la Reina, los Infantes, sus damas y el Marqués de Santa Cruz. Los días de Comunión lo son igualmente para el Rey y la Reina: es todos los domingos y generalmente algún otro día entre semana. Esos días se levantan a las ocho, y en cuanto están vestidos van a la tribuna y comulgan juntos. Se desayunan en seguida y el resto de la mañana pasa como de ordinario, no diciéndose antes o de modo distinto la misa habitual.

Comida.—La comida se sirve poco después de la misa. Las camareras, que llamamos doncellas, toman los platos a la puerta, que la Camarera mayor pone sobre la mesa. Dos damas de Palacio y dos *señoras* de día dan de beber y pasan los platos, rodilla en tierra. El Marqués de Santa Cruz está allí siempre, porque todo corresponde a la mesa de la Reina y nunca a la del Rey. Los dos médicos mayores de SS. MM. no faltan nunca. Todos ellos son los precisos. Los que tienen entrada son el cardenal Borgia, que rara vez falta, el Marqués de Villena, que va a veces, y el Duque de San Pedro, que acude muy de tarde en tarde. Estos tres señores son Mayordomos Mayores del Rey, de la Reina y de la

Reina madre. Los cirujanos mayores y los boticarios de SS. MM. y los tres criados del interior mencionados están cuando quieren, y nunca nadie más. En la cena, lo mismo. El Rey come mucho, variando entre quince platos muy sencillos, siempre los mismos. Su sopa consiste en un caldo con más vino que agua, yemas de huevo, azúcar, canela, clavo y nuez moscada. Lo toma también en la cena y nunca toma otro. Bebe poco y vino de Borgoña viejo. No come de viernes más que cinco o seis veces al año, y los días de ayuno la Reina y él no almuerzan y toman chocolate; es decir, cuando quieren ayunar. Es una tolerancia establecida que ha prevalecido tanto en España, que se asombran si se les dice que eso no es ayunar. La Reina come menos que el Rey, pero la gusta comer bien; come de todo; por excepción de los platos del Rey; bebe *champagne* y come a menudo de vigilia. Toma mucho rapé, en el que es muy entendida; el Rey no lo toma nunca y le ha costado mucho trabajo acostumbrarse a vérselo tomar. La Reina deplora agradablemente no haber podido conseguir hacerle este sacrificio. La comida dura mucho y la conversación es continua, poniendo en ella la Reina alegría y agrado. Se habla de muchas cosas, y cuando entre aquel corto número de personas las hay de imaginación viva, tienen ocasión de decir y de aprender cosas útiles. Esta ocasión no se presenta todos los días, aunque sí bastante a menudo. La cena es más corta y menos entretenida.

Salida. Hora de Corte.—Poco después de comer salen SS. MM. juntos por el salón público, donde se les reúnen las personas que les deben acompañar. Una de las dos damas de Palacio, de día, que ha servido la comida y que se ha retirado luego a la galería interior para dejar solos a los Reyes, es llamada por ellos o por la nodriza en el momento que salen o por uno de los tres criados del interior. SS. MM. atraviesan el primer salón público, bajan por un escaloncito que acorta y suben a la carroza. En todo este trayecto todo el mundo puede

hablarlos y hacer sus cumplidos; pero por lo incómodo de la hora hay allí poca gente.

SS. MM. suben a la gran carroza de la Reina y a veces a la del Rey, de siete lunas. El Duque del Arco, caballerizo mayor, les abre la portezuela tanto para subir como para bajar, y sube en seguida a una carroza del Rey con el capitán de las Guardias que está de guardia y con el primer Caballerizo. Sigue una carroza de la Reina en la que van el Marqués de Santa Cruz, su mayordomo mayor, y el Duque de Giovenazzo, su caballerizo mayor; detrás de esta carroza va otra, también de la Reina, en que va la dama de Palacio completamente sola. El médico mayor sigue también el cortejo. Los oficiales de Guardias de Corps rodean la carroza. Hay gran cantidad de guardias y de mulas de relevo en los caminos.

Vuelta. Hora de Corte.—Terminada la cacería, retornan por el mismo orden, casi siempre de noche. Al pie del escaloncito el Duque del Arco toma un candelero de plata dorada y los alumbra hasta la puerta del gabinete. A esta hora hay también Corte y suele haber bastante gente. Después de atravesar muy de prisa el salón, el Rey se detiene a la puerta del gabinete y da allí la orden, como por la mañana. Ciérrase la puerta y nadie pasa más que el Duque del Arco, el Marqués de Santa Cruz y la dama de Palacio. De ordinario, el Príncipe (aunque haya asistido a la cacería), la Princesa y el infante don Fernando están a la puerta de este gabinete, donde, en cuanto el Rey llega, les da a besar la mano, besándolos luego. En seguida los besa también la Reina, pero únicamente sus hijos la besan la mano. El Duque de Popoli está entonces, algunas veces, a la puerta del gabinete, y cuando se cierra permanece dentro.

Merienda.—Inmediatamente después, la otra dama de Palacio de día que esperaba en el interior con la camarera mayor, sirve la merienda con la dama que ha asistido a la cacería. El acto es corto, ligero y pasa en

la intimidad, como la comida. El Rey toma solamente pan. Los hijos de la Reina están allí con sus amigas y con todos los que han entrado o permanecido en el gabinete. Acabada la merienda, se retiran todos y quedan solos SS. MM. Si vuelven demasiado tarde, meriendan en las carrozas, que siempre van provistas.

Atocha en particular.—Si es día de fiesta, domingo o día de Comunión, no hay cacería. A la hora de ir a ella salen, como de ordinario, con el siguiente aumento de séquito: la Camarera mayor sola, en una carroza de la Reina, que sigue a la de su Caballerizo mayor y es seguida por la de la dama de Palacio, también sola; otra carroza más pequeña para una *señora* de honor, sola, y, por fin, la de la nodriza. El Príncipe sigue o precede un corto espacio, con sus oficiales mayores, en su carroza y los dos Infantes después, cada uno en la suya. No he visto allí a la Princesa más que una sola vez y estaba con el Príncipe en la carroza de SS. MM.; su séquito es como el de la Reina, de tres carrozas una a una y otra para los oficiales mayores. Esta fila sale de Palacio muy de prisa, corre a lo largo de Madrid por las afueras, pues no van de ceremonia; entra en el Parque del Buen Retiro y llega, por detrás, al Monasterio de Dominicos de Nuestra Señora de Atocha. Se apean en un pequeño edificio interior, en el que hay guardias de Corps a pie además de los del séquito, y algunas personas de alta distinción o muy familiares, cuando alguna de estas limitadas personas son invitadas. Se suben unos doce peldaños hasta una galería corta, cuyo doble es una tribuna de dos puertas, larga y estrecha, con el extremo más ancho y que da, no al altar mayor, sino al de Nuestra Señora de Atocha. Al pie de este altar, y arrodillados, están un sacerdote con capa pluvial y sus ministros, y el coro canta la Letanía de la Virgen con tono triste y breve. Terminan recitando algunas oraciones y a veces, no siempre, por la bendición con el Santísimo. Esta devoción ocupa un cuarto de hora largo y

siempre menos de media hora. Vuelven a subir a las carrozas, como vinieron, y algunos reverendos principales, que están presentes, dan a besar su mano a los que pueden, sobre todo a la Camarera mayor. Volviendo por el mismo camino bajan al juego de *mail* (croquet), donde juega el Rey, siguiéndole la Reina. El Príncipe juega una partida aparte o va a tirar; los Infantes pasean fuera, en el Parque, y luego vuelven a Palacio como de ordinario. A veces el Rey va al juego sin ir a Atocha. Entonces su séquito es el mismo de las cacerías. Cuando vive en el Retiro, sobre todo en Cuaresma, que la pasa allí casi toda, y no es época de caza, va todos los días al juego, a pie, con la Reina y vuelve lo mismo, y si va a Atocha le dejan sus carrozas a la vuelta, cuando ha bajado al juego. Volvamos a Palacio.

Trabajo. Cena.—Terminada la merienda, si es día de confesión, la Reina tiene libertad de ir con su nodriza donde quiere por el interior. El Rey se reúne con ella en cuanto deja a su confesor y se quedan solos. Llama al Ministro con quien desea despachar, o a varios, pero siempre a uno después de otro, estando con ellos únicamente la Reina. Con este trabajo se acerca la hora de cenar, que es entre nueve y diez, a veces más tarde. La cena tiene lugar como la comida y en presencia de las mismas personas; después el Rey y la Reina quedan solos. Si es día de confesión, es la hora de la de la Reina y mientras tanto el Rey lee libros o papeles. En cuanto la Reina termina vuelve a reunirse con el Rey.

Acostarse.—Haya o no confesión, leen juntos hasta la hora de acostarse, que es variable desde medianoche a las dos; más a menudo pronto que tarde. El momento de ir a la cama no admite visitas como al levantarse, y el único servicio es el Duque del Arco, los médicos y cirujanos mayores que no están presentes por la mañana, y los tres criados del interior; la camarera mayor, las dos damas de Palacio y las dos *señoras* de honor, la nodriza y algunas camaristas.

Viajes.—Si el Rey viaja, el viaje ocupa el tiempo de las cacerías y sus jornadas no cambian nada, siendo en todo lugar, en todo tiempo y en toda estación para él y para la Reina tales como acaban de describirse, a no ser en Balsain, donde frecuentemente dedican las horas de la caza a ver sus edificios, sus talleres y los jardines que hacen disponer en La Granja. Los domingos, algunas fiestas y algunos días de comunión, cuando están en Aranjuez, pasan las horas de caza en tirar a las cornejas en los jardines, en los que sólo para esto entran, excepto el día siguiente de su llegada y la víspera de la partida, que van a pasearse por ellos y a veces también por las admirables avenidas de aquella casa.

Cacerías.

Hemos hablado demasiado de caza como de la más continua ocupación del Rey y de la Reina de España, sin explicar cómo son aquellas cacerías. Aquí se conoce poco la caza con perro de muestra. La aridez del suelo, sus frecuentes cortes, la abundancia de piedras y de rocas, la falta de agua en los campos, la cantidad y la fuerza de los aromas y de las yerbas olorosas y el calor excesivo de casi todo el año quitan el olfato a los perros, los matan de sed y los destrozan las patas. Estas mismas razones excluyen igualmente las traíllas y todas las cacerías con jauría. La de cetrería ha decaído mucho y no gusta a SS. MM. He aquí la que practican con la asiduidad que he relatado.

Ordinaria.—Se observa un sitio en que la pendiente y la abertura de lo que pudiéramos llamar montañas y los huecos de lo que llamaríamos malezas dé lugar a las piezas de la localidad a pasar más frecuentemente, y como esta caza es diaria hay que cambiar de sitio a menudo, tomarle donde se encuentra e irle a buscar, co-

rrientemente, a tres o cuatro leguas españolas y a veces hasta a seis. Esto es lo que obliga a tantos relevos diarios, a ir siempre, por los caminos más malos, a toda brida (lo que es posible porque no hay nunca barro) cuando se quiere tentar el peligro efectivo y continuo, y a hacer un consumo tal de mulas de tiro y de caballos de oficiales y de guardias, que disminuye notablemente la especie de aquellos animales en el reino.

Se levantan, en el lugar elegido, dos puestos de hojas y ramajes adosados uno a otro, uno de los cuales está cerrado en sus dos extremos a la altura de un hombre, por los lados, y con dos puertas; el otro está abierto por delante y ambos son pequeños. Las carrozas del Rey, de los dos Caballerizos mayores y la del Príncipe llegan a los puestos. La de la dama de Palacio no se acerca, deteniéndose a gran distancia: se queda dentro de ella la dama y sin acercarse ni salir de ella se incorpora a las demás carrozas cuando emprenden el regreso después de la caza. Esta dama goza de todo el cansancio del camino y además de completa soledad. Está allí únicamente por si la Reina tuviera necesidad de algún servicio que no pudiese serle prestado por hombres, y como esto no sucede casi nunca, la dama de Palacio sale y vuelve sin haber visto nada de la cacería más que lo que vea por la ventanilla del coche y lo más a menudo sin haber hablado con nadie. Todas llevan algún libro o su labor si son aficionadas a ellas. Al echar pie a tierra el Rey, la Reina, el Caballerizo mayor, el Capitán de los Guardias de guardia, entran en el puesto cerrado, donde hay una provisión de escopetas cargadas y un hombre para cargarlas a medida que se tira, y cada uno toma la suya, menos el Capitán de los Guardias que espera a que el Rey se lo diga. El Mayordomo mayor y el Caballerizo mayor de la Reina, con el primer Caballerizo del Rey, entran en el otro puesto, donde ninguno de ellos tiene escopeta. Cuando el Príncipe va de caza, y va casi siempre, entra en este puesto con su séquito. Unicamen-

te él tiene escopetas y hombre para cargarlas. Durante el primer cuarto de hora se habla algo de uno a otro puesto, después, silencio absoluto, que llega hasta evitar el menor ruido al moverse. Se está sentado sobre abrigos, y el Rey y la Reina en sillitas de paja. Doscientos, trescientos y a veces hasta cuatrocientos campesinos están encargados de hacer el ojeo desde por la noche. Avanzan poco a poco, con ruido y metódicamente para espantar las piezas hacia los puestos. Generalmente pasan muchas, rara vez pocas; pero siempre con tal precisión que no sucede casi nunca que lo hagan fuera de tiro de las escopetas. Se los oye llegar: el silencio redobla si es posible: un golpe de tos sería muy inoportuno en aquel momento. Tiran a derecha y a izquierda sobre todo cuando pasa; pero se observa el no tirar sino después que SS. MM.; y el Príncipe, que está en el otro puesto, no tiene más que lo que se ha escapado a los que están en el puesto del Rey. Los campesinos se aproximan poco a poco y llegan por fin a los puestos con grandes gritos y vivas, y entonces termina la caza. Se van a buscar las piezas caídas en los alrededores. Si hay lobos y zorros se los deja generalmente; pero los jabalíes, ciervos, gacelas, gamuzas, liebres, etc., se traen todos ante el puesto del Rey, cuya carroza se aproxima, y mientras destripan las piezas y las atan a la zaga de la carroza real, es ocasión de conversar y de cumplimentar al Rey, que allí habla más que en otro sitio, animado siempre por la Reina. En cuanto atan la última pieza suben todos a las carrozas y se emprende el regreso, frecuentemente con antorchas y con la misma rapidez que a la ida. Esta es la cacería que mejor puedo explicar por haberla presenciado dos veces, gracia que no se concede casi nunca a nadie y que por esta razón no pedí. La primera vez el Rey, a instancia de la Reina, a la que oí desde su puesto, me hizo el honor de llevarme él mismo una escopeta, con la que maté un zorro, aunque hacía años que no había tirado. La otra vez me dieron tam-

bién una escopeta: pagué mi triunfo con la distracción de tirar el primero, de lo que sólo me apercibí mucho tiempo después, y mis excusas dieron motivo a la conversación y a la broma.

Palomas.—Además de esta caza, los Reyes hacen otras dos; pero pocas veces. Una es tirar a las palomas; es decir, a los pichones salvajes. Hay muchos y a veces vuelan a bandadas. Tiene lugar a caballo, como nosotros tiramos a vuelo, pero sin perro. Se tira entonces también a todas las aves que pasan, y la Reina mata, con bala, las más veloces al vuelo.

Lazo.—El lazo (1) es otra especie de la caza de aves y sobre todo de perdices, que llevan a cabo campesinos en círculo y algunas gentes a caballo con un arte y una habilidad difíciles de comprender. Van también a caballo, pero a menudo echan pie a tierra para tirar cuando se supone que van a pasar algunos bandos o se oye algún animal que se ha encontrado dentro del círculo. En estas ocasiones nadie tira más que el Rey, la Reina y el Príncipe. La dama de Palacio acude a caballo en el séquito de la Reina. También se traen las piezas cobradas. En todas estas cacerías, la Reina cede los mejores tiros al Rey, que tira casi tan bien como ella, y muy bien los dos. El Príncipe también es gran tirador y gusta mucho de esta caza, no comprendiendo otras, que el Rey también parece haber olvidado del todo.

El mazo ("mail") ("croquet").

Horas de Corte.—Es la distracción que reemplaza la caza cuando las jornadas o la temporada de veda la impiden. Pero el calor, el frío y las inclemencias del tiempo no la impiden nunca, ni tampoco el juego del mazo, porque si no está en buenas condiciones se juega a la *chicane* en una avenida cercana. El campo de juego de

(1) Saint-Simon escribe *lasso*.

mazo del Retiro, que es el único de Madrid, da la vuelta, en medio, y es hermoso, de longitud prodigiosa, pero sin sombra, porque los pocos árboles plantados a lo largo de él no la dan y crecen con gran dificultad. Es el único sitio frecuentado por el Rey, cuyo acceso es libre y permitido a todo el mundo: toda persona conocida entra allí y permanece el tiempo que quiere; sigue el juego o espera en uno de los extremos y hace cuanto quiere. La gente de escalera abajo o los desconocidos tienen igual libertad en los extremos y al lado del juego. Pero no hay ninguna mujer, ni siquiera las de la Reina, excepto la dama de Palacio y la señora de honor de guardia que no va a la caza. Si la Reina quiere ponerse o quitarse su manteleta, su Mayordomo mayor es quien la ayuda, y si es su tocado de cabeza, él se lo presenta o lo recibe de ella, pero la dama de Palacio es quien lo sujeta a la cabeza. Un lacayo las lleva en el séquito.

El Rey juega siempre con su Caballerizo mayor, con su primer Caballerizo y tres criados inferiores franceses. Da siempre tres vueltas completas, nunca más, pero rara vez menos, y anda con una velocidad sorprendente. Hay pases y el juego es como el nuestro. A pie, a caballo, en carroza, parados o andando, la Reina va siempre a la izquierda del Rey y da la vuelta para ir así, sin que nada cambie nunca un momento este orden; siempre precisamente a su lado y muy próxima. Si una palabra de pregunta o de respuesta, una mirada a alguna cosa o cualquier casualidad semejante la hace quedarse algunos pasos atrás, los gana, en seguida corriendo, y si no lo hace bastante de prisa, el Rey se vuelve y a veces se detiene. Esto lo he presenciado varias veces y observado algunas que la Reina le dirigía algunas palabras de excusa. Es uno de los lugares en que el Rey habla menos y siempre acerca del juego. Juega bien, pero desigualmente. Se ve si está satisfecho o apenado, según los golpes que acierta y que la Reina presta toda su atención en alabar unos y disculpar los otros, dando

broma siempre al primer Caballerizo, que juega muy mal, dejándole desolado con gracia y de manera tal que tiene aún que mostrarse satisfecho. Al Caballerizo mayor también le da mucha broma por su juego, que es débil, haciéndolo con gracia y justeza, aunque fríamente, y cuando se la escapa alguna frase sobre su edad, da gusto verlos discutir, porque aquél se defiende muy bien. Los principales de la Corte se mezclan en la discusión, pero todo ello con gracia, familiaridad y majestad por una parte y libertad y respeto por la otra, y en ambas con mesura. Allí es donde la Reina distrae a todos con un arte, una alegría y una libertad encantadoras y que atraen a la Corte al campo de juego. Habla allí de todo, bromea, se informa de las noticias de las familias; en una palabra, nada más agradable ni más favorable que aquel juego, en el que todo se agrupa a la izquierda, dejando la derecha muy libre. Trata la Reina de hacer hablar al Rey y le persigue con un agrado sin igual; bromea con él a veces, pero con aire de respeto y de cosas graciosas; consigue hacerle decir algunas palabras a unos y a otros y encuentra el medio de divertir a todos, y sin charlatanería, para que la conversación no decaiga. En ocasiones sostiene más de una a la vez y toma parte en las que se mantienen entre los otros a su alcance. Todos toman parte en ellas, pero con distinción, y así siguen no solamente en el juego, sino durante todo el paseo a pie, que es muy largo, para ir, desde el Retiro, cuando viven allí, y para volver. El Príncipe juega al mismo tiempo su partida con lacayos y rara vez con alguno de sus grandes oficiales. La Princesa le sigue, igualmente, con algunas de sus damas. Los Infantes van allí muy a menudo, y cuando se encuentran las partidas la Reina acaricia mucho a los Príncipes y a la Princesa de la mejor gana y muy naturalmente, sin dejar jamás escapar la menor preferencia por su hijo. A pesar de todo ello, puede decirse que aunque vaya mucha gente al juego, son siempre los mismos: la mayoría cargos o empleos

oficiales, pues la mayor parte de los señores no van nunca allí, ni tampoco a Palacio y algunos nada, ni siquiera a las funciones.

AUDIENCIAS.

Son de varias clases: las públicas y las particulares de los Ministros extranjeros; las particulares de los súbditos; los *besamanos* de los Consejos; las de las señoras, las de los Grandes, las de todo el mundo; la audiencia del Consejo de Castilla, la del Presidente de este Consejo, la que se da al público y las coberturas de los Grandes. Estas últimas y la audiencia pública de los Ministros extranjeros estarán más en su lugar entre las ceremonias, así como los *besamanos*. Ya he dicho que la hora más corriente y casi la única de las audiencias de todas clases es por la mañana, después de haber salido el confesor del gabinete del Rey. Los que desean audiencia particular, Ministros extranjeros o súbditos, se dirigen al señor de la Roche para hacerla pedir y no lo pasan bien si no la piden también para la Reina. Nadie, sin embargo, está obligado a ello; pero si se teme no serle grato nada se gana con su ausencia, y se puede perder mucho indisponiéndola con ello y con el Rey, por consiguiente. Por haber sido comprendido mal por M. de Grimaldo el día de la firma del contrato de matrimonio de nuestro Rey con la Infanta, me hizo preguntar el Rey la misma noche por este ministro por qué no deseaba que la Reina estuviese presente a la audiencia que pedía, y esta pregunta puso en claro la equivocación o el error, que yo aclaré bien a SS. MM. en aquella audiencia. Fué maravilloso cómo fué hecha la pregunta y fruto de las bondades y de la familiaridad con que los Reyes me honraban, sin la cual hubieran creído que yo rehuía la presencia de la Reina, lo que me habría hecho muy mal tercio.

Audiencia particular de súbditos y de Ministros extranjeros.—La Roche avisa al que va a tener audiencia del día y la hora. Uno de los tres lacayos de estrados va a llamarle en voz baja al salón público; entra, y poco después la Roche vuelve a la puerta y llama en voz alta al que tiene que entrar. En cuanto está dentro, la Roche sale y cierra la puerta. Este gabinete, en el que se puede dar un baile, es cuadrado, largo, dispuesto y arreglado a la perfección, magnífico y con mucha luz. Al entrar se tiene de frente al Rey y a la Reina. Están en el extremo opuesto, juntos, y sin nadie a su lado ni detrás de ellos. Hay que hacerlos tres reverencias muy profundas al apercibirlos, al medio del salón, y al llegar junto a ellos. No se mueven y el Rey, que está descubierto, no se cubre. Se tiene libertad para decir todo lo que se quiere y es raro que el Rey se comprometa por sus respuestas. Se informa a menudo de lo que se le dice, mezcla a la Reina en la conversación, y entonces se encuentra uno en terreno más firme. Todas mis audiencias acababan al fin en conversación con la Reina, en la que se mezclaba el Rey. El comienzo era siempre glacial, muy grave, y más aún embarazoso, sin causa ninguna que no fuera natural. El Rey cambia frecuentemente de pie, se afianza sobre los dos, tosiquea sin necesidad, vuelve la cabeza solamente hacia la Reina, y cuando quiere dar término a la audiencia aumenta sus movimientos, acabando generalmente por darla tironcitos de la falda. La Reina entonces termina la audiencia. Se retira uno con iguales reverencias que al entrar, pero andando hacia atrás de la primera a la segunda. Abre uno mismo la puerta, se sale, y se cierra, permaneciendo los Reyes en tanto en el mismo sitio. Es difícil expresar la mesura y la discreción con que la Reina interviene en las conversaciones, dejándose ir insensiblemente a llevar la palabra, sin tener aspecto de hacerlo, animando las cosas serias y sin salir de ningún límite, y con una justeza en todo que no puede sino ser el fruto de una exactitud de es-

píritu, de una aplicación continua y de un conocimiento íntimo del Rey. Atenta a alabarle, a reconocerle mérito en todo, a esfumarse ante él, sin perder su dignidad, a facilitarle todo, ayudando bondadosamente también al que reciben en audiencia. Todas las que yo he tenido han transcurrido sin moverse del mismo sitio mientras se trataba de los asuntos objeto de la audiencia; pero en el momento en que la conversación tomaba un giro general, se iba a veces de un lado a otro a pretexto de mirar o hacer ver algo, de cogerlo, llevarlo o cambiarlo de sitio. Todo pasa de igual manera con sus súbditos o con los Ministros extranjeros.

Audiencias de la Reina.—A esta misma hora, es decir, antes de la misa, y a veces mientras el Rey da sus audiencias particulares, concede la Reina las suyas. Toda persona un poco distinguida que tiene alguna gracia que pedir o alguna explicación o gracias que dar al Rey, cumple también con la Reina y generalmente comienza por ella cuando no es para dar gracias. Hay que dirigirse a la Camarera mayor, que hace avisar; se entra por las habitaciones de la Reina, se acerca uno a ella igual que acaba de decirse para el Rey, se le habla en voz baja, contestando ella lo mismo, y aunque las audiencias del Rey son cortas, son más aún las de la Reina. Está apoyada en una mesa, en la galería interior de que ya he hablado, y cerca de la puerta de su habitación interior. En esta galería están también sus damas de guardia y sus oficiales mayores y los criados de estrados que la etiqueta determina se hallen allí; pero todos a distancia, para ser vistos y no oír. Todas las audiencias públicas de la Reina se celebran a esta misma hora. Los Grandes se encuentran colocados a un lado a lo largo de la pared y las damas de la Reina, en mayor número, al mismo lado que ella. Esta clase de audiencias es para los extranjeros de importancia, para los señores distinguidos que vuelven de lejos, para generales de las Ordenes o superiores distinguidos. Las

audiencias del Rey y de la Reina, que son de ceremonia, como las de los Cardenales que llegan o que se van, las de los Embajadores y las coberturas de Grandes de España, se celebran también a la misma hora, así como las otras dos de que voy a hablar.

Audiencia del Consejo de Castilla.—El Rey atraviesa todos los lunes la gran habitación y va a otra que hace pareja con la primera y que no se frecuenta nunca. Todo cortesano se detiene a la puerta. El Mayordomo de semana, que ha ido a recibir al Consejo de Castilla a lo alto del gran escalón, y que le ha conducido allí, se encuentra en esta puerta. Los tres cargos, si están allí, y el Capitán de las Guardias de guardia entran después del Rey, precedido del Mayordomo, y salen un momento después. Al lado de esta puerta hay un pequeño estrado, una alfombra, un sillón y un dosel. Bancos, sin cojines, dispuestos en cuadro alrededor y delante. El Rey se cubre al entrar. En cuanto se le apercibe, el Presidente y todo el Consejo doblan una rodilla y el Rey, sin descubrirse, va a su puesto, del que sólo le separan cuatro pasos; se sienta y los dice en seguida: "Levantaos, sentaos y cubríos." Sentados ya y cubiertos, el Presidente dice unas palabras; después el Consejero de semana, sentado cerca de él, da cuenta en breves frases de las sentencias dictadas durante la semana, que ha llevado consigo, y que el Rey anula, cambia, casa o confirma, según le place, pero que sólo son firmes con esta confirmación, que no falta casi nunca. Todo ello se verifica en un cuarto de hora largo. En cuanto el Rey se levanta, siempre cubierto, todos vuelven a doblar una rodilla. El Rey atraviesa una habitación y se detiene en otra, larga y oscura, por donde ha venido. Todos los cortesanos que le esperaban a la puerta de la audiencia le preceden y le siguen. Se sienta en un sillón sin dosel, cerca de una mesa, y todos los cortesanos acaban de pasar y esperan en la habitación inmediata.

Del Presidente del Consejo de Castilla.—El Ma-

yordomo conduce al Presidente del Consejo de Castilla ante el Rey, que está sentado y cubierto. Dobla una rodilla en tierra; el Rey le invita a levantarse y a cubrirse, haciéndole sentar en un banquito de madera sin cojín, bajo, cerca y de frente al Rey. Esta audiencia dura media hora larga. El Rey va solo a la habitación inmediata, donde le esperan, y vuelve en seguida, mientras que el Presidente sale por donde ha venido, encontrando fuera de la puerta al Mayordomo, que le conduce a la gran escalera.

Audiencia pública de súbditos.—Los miércoles y sábados atraviesa el Rey sus habitaciones precedido, seguido y rodeado de cortesanos, hasta la puerta de la cámara de audiencias. En la puerta todos los que no son Grandes se detienen. Muy cerca de la puerta hay una mesa, un sillón al lado y una alfombra debajo, para el Rey, que se cubre y se sienta. El capitán de los Guardias que está de guardia se apoya contra la pared detrás de su Rey; los Grandes dejan un espacio vacío y se colocan a lo largo de las paredes, reuniéndose, y todos unos junto a otros; tienen todo un lado y la mitad de otros dos, que es mucho más de lo que ocupan. Se cubren en cuanto el Rey se sienta. Si algún Grande le ha seguido, le hacen una profunda reverencia, y sin que el Rey se mueva pasa a la pared, saludándole los demás Grandes. Comenzada la audiencia es raro que llegue ningún Grande. Los cuatro Mayordomos están descubiertos delante de la chimenea, frente al Rey. Cerca de la puerta opuesta a aquella por donde ha entrado el Rey está, del otro lado, el señor de la Roche con una lista en la mano. No hay nadie más en la Cámara, y las puertas están abiertas. Este acto es, con más ceremonia, lo que son aquí de ordinario los *placets,* y no tiene más trascendencia que aquéllos. Todos los que quieran ser admitidos en audiencia han cuidado de hacerse inscribir en la lista de la Roche, quien los llama en alta voz, según el orden marcado en la lista. Esperan en la habi-

tación unida a la que hace pareja con la en que se celebran las audiencias del Consejo de Castilla. El que oye su nombre entra y hace tres reverencias, la mayoría a la española, y en la última doblan una rodilla en tierra, hablando en esta postura al Rey a veces durante mucho tiempo: le presentan su memorial, que el Rey toma, dando su mano, sin guante, a besar, retirándose el que es recibido sin volver la espalda al Rey y haciendo otras tres reverencias. En el momento en que éste sale por la puerta, es llamado otro, y así hasta terminar. A veces el Rey abrevia el discurso tomando el memorial y dando a besar su mano, pero nunca despide a nadie ni contesta una palabra. Personas con empleos y aun gentes de condición no se creen rebajados por ser recibidos en estas audiencias, y desde los de esas clases que yo he visto, hasta las del pueblo y los simples soldados, todos son admitidos. Los curas y los religiosos hablan de pie: he visto algunos que permanecían arrodillados, a los que el Rey hacía levantar con la mano; pero que hincan rodilla en tierra al acercarse al Rey y al retirarse. Cuando vienen personas de calidad o sacerdotes y religiosos de distinción, saludan a veces a los Grandes al pasar, después de la primera reverencia al Rey y al retirarse, y los Grandes se descubren un momento. He visto a veces Grandes descubiertos o no estarlo siempre, por comodidad del apoyo a la pared. La mayoría permanecen cubiertos. En esta audiencia las hay secretas: los que la desean así, sean quien fueren, lo dicen a la Roche, al pedirla, sin explicar por qué. Esto no se niega nunca, y es raro que no haya siempre alguna de estas audiencias. Entonces los que la han solicitado son llamados, cuando les llega la vez, como los demás; pero la Roche agrega en seguida, y también en voz alta: "Es una audiencia secreta." En cuanto se oye esto, dejan los Grandes sus sitios, pasan en masa ante el Rey, haciéndole una reverencia, lo mismo que los Mayordomos y hasta el Capitán de Guardias. Todos

se retiran a la pieza inmediata, por donde han entrado, y el capitán de Guardias se queda en la puerta, casi a la vista, pero desde donde no puede oír. Esta costumbre es excelente y hace temblar a los que pueden impedir el acceso junto al Rey, o a los que tienen interés en que no se le acerquen, pudiendo el Rey así, si quiere hacer uso de ello, desenmarañar o poner en claro muchas cosas. Sin embargo, los frutos de estas audiencias no son muy notables. Cuando se levanta el que ha obtenido esa audiencia, la Roche dice en voz alta que se puede entrar, y todos vuelven como habían salido, volviéndose a colocar donde estaban, es decir, los Grandes. Terminada la lista y levantado ya el último de delante del Rey, se acerca la Roche a S. M., que se levanta, le entrega un paquete de Memoriales y se va como había venido. Es de notar que la Roche habla todo en francés. He asistido muy a menudo a estas audiencias, y habiendo presenciado una, por curiosidad, desde la puerta y entre los cortesanos, los Grandes me hicieron señas que entrase, que yo no comprendí. Algunos de éstos me hablaron acerca de ello y me atestiguaron que los complacía verme entre ellos, según el derecho concedido recíprocamente en Francia y en España a los Duques y a los Grandes, de modo que para corresponder a su cortesía me encontraba siempre entre ellos en los actos a que, como en aquellas audiencias, no asistían los Embajadores, y en los que yo podía desprenderme de aquel carácter. Como la mitad del año la Corte no está en Madrid y estas audiencias no se dan fuera, son frecuentemente numerosas y largas. He oído decir al Rey de España que había habido muchas de 60 y de 80 personas; pero yo nunca presencié ninguna que llegase a más de 20 ó 25, y a menudo muchas menos. Se empieza a conocerlas como aquí a nuestros *placets* de ordinario, de los que, al principio, he recibido a mi vez más de mil, y tres años después eran apenas 200. Las mujeres no van nunca.

Vida diaria del Príncipe de Asturias.—Después de haber descrito con los mayores detalles posibles la vida diaria del Rey y de la Reina, hay que terminar con unas palabras sobre la del Príncipe y de la Princesa de Asturias. Los otros Infantes son demasiado jóvenes para mencionarlos. El Príncipe se levanta a las ocho de la mañana, servido por su preceptor, su subpreceptor y, desde hace algún tiempo, por cuatro Gentileshombres de la Cámara, elegidos para esto, y que han llegado a ser sus Oficiales mayores cuando, con motivo de su boda, se organizó su Casa. Nadie le ve cuando se levanta ni a horas semejantes, naturalmente públicas. En seguida estudia, oye después misa en una capilla en el interior de sus habitaciones, de las que hay una igual en todos los palacios que habita. Ahora, en vez del estudio, que se ha hecho ligero y a su antojo, hace lo que quiere con sus Oficiales mayores; pero más a menudo con dos lacayos jóvenes, que han sido su compañía de siempre, con los que es muy libre, menos para lo que no es de su interior. Sube un momento a las habitaciones de la Princesa, a la que encuentra terminando su tocado, donde no entra ninguno de sus Oficiales mayores, salvo el que fué su preceptor y ahora su Mayordomo mayor; los demás aguardan en la galería de que he hablado frecuentemente. Pasa en seguida con la Princesa al tocador de la Reina, donde ven al Rey, y se retiran para comer cada uno en sus habitaciones cuando el Rey va a misa o cuando hay audiencias. Si hay capilla, el Príncipe va a ella con el Rey y la Princesa con la Reina. Sus damas, en corto número, y su Caballerizo mayor a veces, por ausencia de su Mayordomo mayor, van también a la tribuna. El Príncipe come con el infante don Fernando, siempre solos, y después se distrae con él hasta la hora de salir. Si va a la cacería del Rey, como casi siempre sucede, o al juego del *mail,* parte un poco antes: si va a tirar él solo o a dar un paseo a alguna casa de recreo, lo que es raro, sale cuando quiere. El

Duque de Popoli, que ha sido su preceptor, le seguía siempre, pero ahora ya no le acompaña desde que dejó el título. El Conde de Altamira, su sumiller de Corps, un Gentilhombre de su Cámara y su Caballerizo mayor, que lo es después de haber sido también su subpreceptor, le acompañan bastante a menudo, a veces sólo uno, o dos, o los tres. Parece todavía poco experimentado y muy niño, y que se entiende mejor con el Conde de Altamira y con el Marqués de los Balbases que con ningún otro. Está presente cuando regresa el Rey, del que se separa en seguida, yendo con la Princesa a pasar un cuarto de hora a las habitaciones de ésta. Baja luego a las suyas, se distrae en su interior con su hermano cuando ha dejado de estudiar y cena con él, separándose algún tiempo después para irse a acostar. Está servido por sus Oficiales mayores de turno, así como en sus comidas. Es raro que salga de paseo con la Princesa, y sin embargo parece desearlo, y a veces ha ido a buscarla donde estaba para terminar el paseo con ella y volver juntos. Una vez la encontró en Madrid, llevando por casualidad al Duque de Popoli en su carroza. Pararon: el Príncipe quiso apearse apresuradamente; le retuvo el Duque, pero el Príncipe le habló con dureza; se apeó y subió a la carroza de la Princesa, de la que no se separó hasta la vuelta. Ella responde muy bien a las atenciones del Príncipe; pero evita con suavidad exponerse, en esta primera juventud, a cansarse uno del otro por frecuentarse demasiado.

Y de la Princesa.—Gusta de levantarse muy temprano y de acostarse muy pronto, lo que es completamente opuesto al gusto del Rey y de la Reina; es decir, del que la Reina ha inculcado al Rey. Lo mismo ocurre con el baile, de que SS. MM. gustan mucho y que la Princesa aborrece; no sólo el baile, que practica peor aún de lo que se puede imaginar, sino de la hora del baile, que retrasa la de irse a acostar, y el teatro, cosas muy extraordinarias a su edad, que han hecho que no

haya habido baile de gala en Madrid desde su llegada, aunque había que haber dado uno después de su mejoría, con gran deseo de la Reina, que le había hecho preparar. La Princesa está siempre con sus damas, que se relevan para seguirla y hacerla compañía. Las de la Reina entran también en su cuarto, pero nadie más. No va de caza: declara que no la gusta, y se divierte con toda clase de niñerías, aun en las habitaciones de la Reina, donde es libre de entrar cuando quiere, hasta en la hora de comer. Va todos los días de paseo o a conventos de monjas. Durante la enfermedad que tuvo al llegar, el Rey y la Reina iban a verla varias veces al día. La misma Reina la daba los caldos y la trataba con extraordinaria ternura, sin atreverse a insistir demasiado sobre lo que creía la era más conveniente, como la dieta. Me había ordenado en presencia del Rey que fuese a ver a la Princesa, y como no lo hubiera hecho, después de haberme excusado, me lo ordenaron con tal decisión que no me atreví a desobedecer. La Reina deseó que yo la hablase, pero me hubiera sido difícil hacerlo no habiéndola dicho nunca más que algunas palabras, obligado y por necesidad, cuando llegó y cuando fuí a despedirme de ella, aunque durante su enfermedad la veía todos los días, a decir verdad, sólo un momento. La edad arreglará, sin duda, muchas cosas.

Ausencias de Madrid y séquito.—No sería dar cuenta exacta de la vida diaria del Rey y de la Reina de España si olvidásemos sus viajes, que les ocupan la mayor parte del año. Hacia los primeros días de Cuaresma se trasladan desde Palacio al del Buen Retiro, lo que no es más que cambiar de barrio en Madrid. La semana de Pascua van a Aranjuez, y la fiesta del Corpus los vuelve al Palacio de Madrid. Ocho días después van a pasar seis semanas al Escorial, volviendo luego al Pardo, pero ahora es a Balsain desde que la Granja ha caído en gracia. De allí vuelven al Escorial; después otra vez a Balsain, desde donde, deteniéndose algunos

días en el Escorial y en el Pardo, regresan a Madrid a primeros de diciembre, donde, desde Pascua, no han estado más de ocho días. No se pueden fijar las fechas de Balsain porque cambian y porque las estancias allí se multiplican a medida que aumentan las obras. Se puede decir, como decía de Versailles el viejo Beringhen al difunto Rey, que es un favorito sin mérito y que aunque el español hiciese una fortuna tan prodigiosa como el francés, no dejaría de ser un ejemplo sorprendente de lo que puede la depravación del gusto. Y ya es bastante para no apartarme demasiado de mi objeto. Como este lugar apenas existía antes de esta Reina, no se encuentra nada de él en los viajes de España; esto me incitará tal vez más adelante a dar una idea de él o más bien de la Granja, a una legua de allí, donde se hacen los edificios, en vez de hablar de Balsain. Hay que recordar que todos estos diversos lugares no hacen variar en nada la vida diaria del Rey y de la Reina, ni siquiera los viajes. Como con una o dos habitaciones tienen bastante para los dos y su cuarto y su cocina les siguen, nada les incomoda, preocupándose poco de su séquito, siempre lo más reducido posible, y que no es más numeroso que el de las cacerías. El Ministro de Francia, el Marqués de Grimaldo y sus dependientes, el cardenal Borgia y su Capilla, algunas camaristas, los médicos mayores, cirujanos y boticarios y algunos oficiales inferiores es a todo lo que queda reducido, con lo más preciso para el Príncipe y los Infantes, y más tarde para la Princesa. Las personas que tienen verdaderos asuntos con la Corte pueden ir a encontrarla a Aranjuez y al Escorial, con más libertad en este último punto. Allí se ve a SS. MM. y al Ministro como en Madrid. El Pardo, por su proximidad, es como si fuera Madrid; pero en Balsain hay las mismas dificultades que en los primeros tiempos de Marly. En el Escorial se queda toda la parte del séquito de viaje de que se puede prescindir a pesar de su exigüidad. Ninguno de los que se quedan en el

Escorial se atreve a ir a Balsain sin permiso expreso, ni ninguna otra persona de fuera, sin contar con la misma gracia, que casi nunca se pide porque siempre desagrada, que se rehusa a veces y que se limita a uno o dos días de estancia, siendo preciso ir a buscar alojamiento fuera. Por otra parte, el camino largo, muy penoso y de peligro en toda época, contribuye también a alejar a los más insistentes. En cuanto la Corte está ausente de Madrid ya no hay lo que se llama *función;* es decir, ninguna clase de ceremonia ni de audiencia pública, ni otras diversiones más que la caza y el paseo. Todo esto reunido hace odiar los viajes en extremo. Hasta las mismas Capillas quedan suprimidas casi todas, no celebrándose a veces más que una o dos, y a menudo ninguna, por lo que la asistencia sería muy corta. Las Capillas son tan frecuentes en Madrid que no quedaría completa la descripción de la vida cotidiana del Rey y de la Reina de España si no explicase en seguida esta función.

La Capilla.

El Rey asiste a la Capilla ciertos domingos particulares, todas las fiestas mayores, algunas fiestas especiales, todas las de la Virgen, el Miércoles de Ceniza y todos los domingos, lunes, miércoles y viernes de Cuaresma: es decir, que esos días va en público a la misa mayor cantada a su Capilla, con su música, acompañado por los Grandes que desean asistir y que son avisados a domicilio todos los días que se celebra. Aunque el que podríamos llamar, para hablar con exactitud, Capellán mayor, no oficia, tiene, sin embargo, funciones tan marcadas, que hay que comenzar por explicar este cargo.

Patriarca de las Indias.—Los Reyes de España tienen un Capellán mayor nato, que es el Arzobispo de

Santiago de Compostela, en Galicia; pero, como todos los Obispos de España, residente, sin que nada les dispense de ello, sino en casos muy raros, muy singulares y por muy poco tiempo; este Arzobispo está tan supeditado como los demás a la regla. Le suple, pues, en las funciones de este cargo un Obispo *in partibus,* siempre de favor y de familia elevada, que lleva el nombre de Patriarca de las Indias, título vano en cuanto a la jurisdicción, inútil por el rango, que es sólo de Obispo, pero que con frecuencia le procura el Capelo.

Tránsito.—Al salir el Rey para la Capilla atraviesa todas sus habitaciones y un lado de los corredores del Palacio, que son galerías cubiertas que dan por un lado sobre los patios y que tienen un doble como un claustro y un primer piso. Va precedido por los Grandes y seguido inmediatamente del Príncipe de Asturias, que lleva a su izquierda y un poco detrás al cardenal Borgia, el Capitán de los Guardias de guardia después, y los Embajadores de Capilla y los de las Coronas Católicas que han sido acreditados. En mi tiempo sólo éramos de Capilla el Nuncio, yo y monsieur de Maulévrier. En la puerta de la sala de audiencias se cubre el Rey y al mismo tiempo lo hacen el Príncipe, el Cardenal, los Embajadores y los Grandes. Los que están más próximos al Rey le hablan o él a ellos generalmente, permaneciendo indiferentemente cubiertos o descubiertos al hablarle, y cuando él los habla, varios de los que preceden no están siempre cubiertos y a veces los hay que no se cubren. Se descubren un momento al pasar ante las personas de calidad.

Entrada a la Capilla.—Al entrar a la Capilla se vuelven los Grandes hacia la Reina, que está en la tribuna, y la hacen una profunda reverencia, que ella, que está de pie, devuelve poco o nada. Se vuelven luego hacia el altar, hacen otra reverencia y se colocan a lo largo de su banco. El Rey saluda a la Reina muy marcadamente; se vuelve luego; se arrodilla ante el altar, y se va a su

sitio. El Príncipe hace lo mismo. El séquito hace una profunda reverencia a la Reina; el Cardenal y el Nuncio se quitan sus solideos, después saludan al altar, a los Grandes, al Príncipe y por fin al Rey, yendo todo el mundo a ocupar su puesto.

Asientos y telas.—Solamente hay que hacer algunas observaciones generales para no volver más sobre ellas. Los sillones del Rey y del Príncipe, sus reclinatorios y sus alfombras son iguales: los del Rey más en el centro del dosel y los del Príncipe más hacia la orilla, vueltos igualmente en ángulo hacia el altar. Unicamente las telas son diferentes y se cambian a menudo; muy ricas; las del Rey más que las del Príncipe. Sus almohadones, iguales también, con la misma diferencia de tela. El Rey tiene sólo un almohadón sobre el respaldo de su reclinatorio, y sólo el Príncipe y el Cardenal lo tienen para arrodillarse. El sillón del Cardenal es siempre de terciopelo rojo o violeta, con grandes clavos dorados y brazos y patas de madera negra. Solamente él y los Embajadores tienen delante un banquito estrecho y tan bajo como el asiento que está detrás, y sin alfombra debajo. El del Cardenal está cubierto de terciopelo (sin oro), rojo o violeta, y cae hacia el suelo sin arrastrar del todo. Su almohadón es del mismo terciopelo, con oro, así como su sillón. El banco de los Embajadores y el pequeño que tienen delante, así como los de los Grandes, el del Capitán de los Guardias y el de los Obispos están forrados de la misma clase de tapicería, bastante fea, que va hasta el suelo, sin llegar a arrastrar. La silla plegable del Mayordomo mayor es de una hermosa tela, pero nada brillante; digo plegable porque no es un taburete. Asista o no el Mayordomo, su plegable está allí siempre y permanece vacía cuando no la ocupa su dueño.

Los confesores del Rey, de la Reina y del Príncipe y de la Princesa están a la cabeza del primer banco de los eclesiásticos, después de los capellanes: el Maestro de

Ceremonias con sobrepelliz, y frailes de todas las Ordenes que tienen título de predicadores o de capellanes del Rey. Los primeros lo son, en efecto, porque casi no hay Capilla sin sermón y nunca pronuncia uno dos seguidos sino con intervalo de varios. Los demás son títulos de honor para religiosos distinguidos y no suscitan gran codicia.

Santo Sacramento, expuesto o no.—El Rey no se cubre nunca en la Capilla, ni siquiera durante el sermón. El predicador generalmente está cubierto. El Cardenal sólo se pone su birrete en el altar para la bendición al final de la misa, y se le quita al terminar. Si está expuesto el Santo Sacramento da la bendición sin birrete y sin solideo. Ni él ni ningún eclesiástico los llevan durante toda la Capilla, ni siquiera el predicador, porque no se vela al Santísimo. Le dirige la palabra de rodillas.

Sermones.—Si no está expuesto le dirige al Rey. Expuesto o no, comienza por una corta oración a la Inmaculada Concepción, diciéndola de rodillas. Se oye de rodillas también; se vuelven a sentar; después habla volviendo a arrodillarse si es al Santo Sacramento, permaneciendo sentados si es al Rey; se levantan inclinándose profundamente ante el Rey y volviéndose a sentar. Solamente el Príncipe permanece sentado. Esté o no expuesto el Santo Sacramento, se está lo mismo sentado, en pie o de rodillas. Si lo está, arden día y noche al pie del altar cuatro grandes candeleros de plata, y seis pajes del Rey sostienen candelabros, en vez de ser dos o cuatro. No se da la bendición con el Santísimo durante la Capilla. Como es bastante raro que esté expuesto y no siempre hay sermón, he reunido todas las ceremonias que a ello se refieren.

Saludos.—El Maestro de Ceremonias va a advertir al Cardenal de todo lo que tiene que hacer, al subdiácono para la Epístola y al diácono para el Evangelio y para la bendición del incienso, acompañándolos también. Va a buscar al predicador detrás del altar y le

acompaña igualmente. La bendición del diácono y del subdiácono en la Epístola y Evangelio, las del incienso y la del predicador se reciben arrodillados ante el Cardenal, a su derecha, y si no está expuesto el Santísimo, se pone el birrete en el momento en que la da y después de la del predicador, haciéndole una reverencia (1). El Maestro de Ceremonias, el diácono, el subdiácono y el predicador saludan, deteniéndose, con una inclinación más o menos profunda al Rey, a la Reina, al Príncipe, al Cardenal, a los Embajadores juntos, a los Grandes juntos, al Capitán de los Guardias y al Mayordomo mayor con ellos en un solo saludo, al Capellán del Rey, al que llaman Sumiller de Cortina, a los Mayordomos juntos, a los bancos de los eclesiásticos juntos, no por este orden, sino a medida que pasan delante o más cerca de los que saludan, sin hacer distinción siquiera del Rey, y esto cuantas veces pasan y vuelven a pasar. El Cardenal y los Mayordomos hacen iguales saludos cada vez también, pero no al capellán ni a los eclesiásticos, y a todos el Cardenal sin solideo. Los Embajadores y los Grandes no se levantan más que para los saludos del Cardenal y de los Mayordomos. Sentados o en pie se inclinan un poco ante todos. Una vez el Cardenal en su sitio, no recibe más saludo que el del Maestro de Ceremonia y los de los ministros del altar. [No] tiene cerca de él más que uno solo de sus Capellanes con sobrepelliz, que le acompaña. Está detrás de él, hacia su derecha, y los cuatro Mayordomos a su izquierda, a su lado. Entre él y los Embajadores no hay más espacio que para los Mayordomos. Están de frente por orden de antigüedad, siempre de pie o arrodillados, sin tener nada delante ni detrás de ellos. Acompañan siempre al Cardenal, menos en el altar y en la tribuna de la Reina. Sus reverencias son a la española, doblando las rodillas. El celebrante y sus ministros no son saludados más que

(1) Palabra dudosa, arrancada en parte por una rotura.

en el altar, y este saludo al altar es para el Cardenal y para los eclesiásticos una genuflexión.

Se ve en la capilla el banquito del Capitán de Guardias, de guardia. Es el famoso *banquillo* que tanto ha dado que hacer y del que se tratará en el artículo de los capitanes de las Guardias.

Agua bendita.—Ya todo el mundo en su sitio, que es cosa de un momento, el celebrante, el diácono, el subdiácono, varios eclesiásticos con sobrepelliz y a veces —según la solemnidad— un sacerdote asistente con capa pluvial, salen de detrás del altar por el lado de la Epístola y hacen todos los saludos, volviendo luego al altar. Se arrodilla todo el mundo y comienza el ofrecimiento del agua bendita. Al acabar, el Cardenal, que estaba en pie, va hacia el Rey, donde encuentra el agua bendita llevada del altar al mismo tiempo, y le presenta el hisopo, así como al Príncipe; después los inciensa por separado, haciendo a cada uno una inclinación muy profunda antes y después. Están de pie y (digámoslo una vez para siempre) estén de pie o sentados no puede apercibirse que devuelvan ningún saludo al Cardenal, el Príncipe menos aún que el Rey, si es posible. El Cardenal va a llevar el agua bendita a la Reina, mientras la música continúa hasta el fin del agua bendita, permaneciendo todos sentados. Vuelve a su sitio y en seguida el Maestro de Ceremonias, que le ha seguido, va a ofrecer el agua bendita a los eclesiásticos juntos, comenzando por el Nuncio, vuelve a los Embajadores, va al Mayordomo mayor, después al Capitán de las Guardias, porque está muy cerca de él, en seguida todo a lo largo del banco de los Grandes y por fin a los Mayordomos. Esto se hace presentando a cada uno el hisopo. El celebrante lo ha dado a sus ministros antes de enviarle al Rey, donde, al llegar, el Cardenal lo recibe del que lo lleva.

Ceremonias particulares al Introito.—Empieza la música del *Introito* en cuanto está distribuída el agua bendita. El celebrante comienza la misa, y al mismo

tiempo se arrodillan todos, yendo el Cardenal a colocarse entre el Mayordomo mayor y el reclinatorio del Príncipe, junto a él, un poco delante, entre el Maestro de Ceremonias y su capellán, que toma su solideo y su birrete, permaneciendo los Mayordomos alrededor en semicírculo. Recita en voz baja el *Introibo,* como hace el sacerdote en el extremo del altar, y luego vuelve a su sitio. Se sientan los fieles hasta el Gloria, que se oye de pie, levantándose a todos los *Dominus vobiscum.* Se está sentado durante la Epístola y el Gradual, y levantado para el Evangelio. Si hay sermón se arrodillan un momento al fin y se sientan al *Credo.*

Al Credo.—En cuanto empieza, el Cardenal va a recitarle en voz baja como el *Introibo.* Cuando dobla la rodilla en el *Verbum Caro factum est,* todo el mundo se arrodilla. Vuelve el Cardenal a su sitio y se arrodillan todos de nuevo mientras la música entona el *Verbum Caro factum est,* volviéndose a sentar hasta el *Sanctus.*

Y de los pajes.—Hay que observar que durante el Evangelio y en el *Sanctus* vienen, según la solemnidad, dos, cuatro o seis pajes del Rey, de dos en dos, llevando cada uno, horizontalmente, un grueso y largo cirio de cera blanca. Se detienen entre la alfombra del Rey y los Embajadores; saludan al altar, al Rey; se vuelven luego hacia la Reina; vuelven hacia el altar y levantan sus cirios, haciendo todos los saludos a la española. Estos movimientos se hacen todos juntos, tan acompasados y tan exactos como si fuera el ejercicio. Están en pie al Evangelio, y cada vez que se pronuncia el nombre de Cristo bajan sus cirios, doblan las rodillas y vuelven a levantar los cirios. Después del Evangelio va el Cardenal hacia el Rey, donde está el diácono, cuyo libro toma, dándole a besar al Rey únicamente. Los dos primeros pajes van a ponerse al mismo tiempo detrás de los Mayordomos, volviendo la espalda todos al banco del celebrante. Después de esta ceremonia vuelven los dos pa-

jes a su sitio, habiendo hecho al ir y al venir su ejercicio ante el altar y ante el Rey, y habiéndose quedado en sus sitios los otros dos o cuatro, si los hay, marchándose al cabo de un rato como habían venido, mientras el Cardenal vuelve a su sitio. Vuelven los pajes, siempre al *Sanctus,* con el mismo ejercicio, y se quedan de rodillas. Cuando el Cardenal lleva la Paz al Rey, el ceremonial es el mismo que para el libro de los Evangelios. Después de la comunión del sacerdote vuelven a marcharse los pajes como la primera vez. Se sienta todo el mundo hasta la bendición, que el Cardenal da de igual modo que nuestros Obispos: el celebrante, retirado a un lado, y el Nuncio, la reciben de pie.

El Nuncio y el Cardenal no se arrodillan más que desde el *Sanctus* hasta la elevación inclusive. Una vez que el celebrante dice en voz baja el último Evangelio, se retiran el Rey y toda la asistencia, del mismo modo que vinieron. El Rey no besa el corporal. El Maestro de Ceremonias lleva la Paz como el agua bendita.

Ceremonia de las candelas.—Los días de procesión no asisten los Embajadores a la Capilla, y entonces no se pone su banco. Yo estuve el día de la Purificación en el banco de los Grandes. Todo tuvo lugar como de costumbre, con la diferencia que el Cardenal, con alba y estola y la capa encima, bendijo las velas, sentándose luego en un sillón al pie del altar. El Rey fué allí a tomar su vela sobre un cojín, que sirvió al Príncipe y que fué presentado por el Mayordomo mayor y retirado por un Mayordomo. El Rey y el Príncipe besaron la mano al Cardenal, haciéndolo después todos los Grandes, tomando la vela uno tras otro, echando a andar de dos en dos detrás del clero y del Cardenal, con el Rey y el Príncipe cerca de ellos, teniendo a sus Oficiales superiores a su lado. Al salir de la Capilla la Reina se encontraba a la puerta de la tribuna, siguiendo con la comitiva a la izquierda del Rey. Sus Oficiales mayores y todas sus damas iban cerca del Príncipe y de la Princesa, cuyas da-

mas cerraban la procesión, que se celebró en las galerías de Palacio. El Rey, el Príncipe y los Grandes iban cubiertos. Al entrar en la Capilla la Reina pasó a la tribuna con todos los que la habían seguido. Cuando hay procesión y asiste la Reina, no se llama a los Embajadores de Capilla porque tienen que seguir al Rey y porque las damas de la Reina no pueden dejar que nadie las separe de ella. En el Evangelio y antes de la elevación el Maestro de Ceremonias llevó las velas encendidas al Cardenal, que no estaba revestido, pero que estaba en su sitio habitual, al clero y a los Grandes que, al salir de la capilla las dieron a los religiosos y a quien quisieron.

Distinciones de los Cardenales y de los Prelados sin oficiar.—Cuando el Patriarca de las Indias no es Cardenal se sienta en el banco de los Obispos, desde el que hace las mismas funciones. Si hay en la Capilla un Cardenal es él quien las ejecuta todas en el puesto y con el ceremonial que se acaba de describir. Si no hay Cardenal y no asiste tampoco el Patriarca, el Nuncio hace todas sus veces y toma asiento en su puesto habitual de los Embajadores. Estos Prelados, Cardenales u Obispos, no necesitan cambiar de vestiduras. Ante el Rey, la Reina y los Infantes están siempre con roquete, muceta y esclavina, con su birrete en la mano; en Palacio, en la Capilla, en los bailes, y lo mismo en el teatro y en toda visita de ceremonia. Los más regulares no abandonan estos hábitos: los demás llevan uno largo. Todos llevan en todo tiempo el pectoral suspendido de una larga cadena pendiente del cuello. La cruz, generalmente de pedrería de color y grande, cuelga muy baja, moviéndose, y las cadenas delgadas y feas. Los Cardenales la llevan siempre y todos igual.

Distinciones de los Cardenales y de los Prelados al oficiar.—Cuando la fiesta es de solemnidad y debe oficiar en la Capilla un Prelado, éste es el Patriarca, y en su defecto otro Arzobispo u Obispo. Sale de la sa-

cristía y vuelve a ella revestido. Si es un Cardenal, o lo es el Patriarca, viene generalmente con el Rey, se reviste en su presencia y el Rey le espera en su puesto para que le acompañe, terminada la ceremonia, a la vuelta. Los Cardenales tienen un sillón al oficiar, y entre los Arzobispos únicamente el de Toledo. Los demás, Arzobispos y Obispos y el Patriarca, cuando no es Cardenal oficiante, se sientan en un asiento a la antigua, que es plegable, sin brazos ni respaldo, pero que tiene en los cuatro ángulos un trozo largo de madera curvada hasta los hombros. Sus familiares o capellanes les ayudan a lavar; sólo los Cardenales reciben la jofaina, el agua y la servilleta de manos de los Mayordomos.

Derechos del Arzobispo de Toledo.—El Arzobispo de Toledo al oficiar, o cuando se halla en la Capilla, lleva su cruz. No va casi nunca a causa del Patriarca y de sus pretensiones respectivas y se contenta con ejercitar raramente este derecho.

El mismo derecho tiene y le usa en todas las iglesias de España sin excepción. Si viaja por cualquier parte en España va precedido de su cruz.

Antes de terminar lo referente a la Capilla hay que observar que en cualquier parte que se celebre, los sitios y el orden son iguales en lo esencial y lo más conforme posible con lo que la situación del lugar pueda permitir con funciones y ceremonias semejantes. Dondequiera que tenga lugar, la Reina está, como en el Retiro, en una tribuna lateral muy alta, y es igualmente saludada; pero el agua bendita, el incienso, la Paz y la ceniza, en su día, no se le llevan.

Ceremonia de la ceniza.—He asistido a la ceremonia del Miércoles de Ceniza. Es igual a la de las Candelas, con la diferencia de que a la de la ceniza asisten los Embajadores y van a tomarla después del Príncipe y antes que el Mayordomo mayor. El Nuncio se la pone al Cardenal y la recibe después de él; en seguida el celebrante y todo el clero antes que el Rey. Al final el

Cardenal va a llevarla a la tribuna de la Reina, quitándose después la estola y volviendo a su sitio habitual.

PALACIO.

Ningún asiento.—Terminemos la vida ordinaria del Rey y de la Reina de España con una palabra sobre el Palacio. Los restos de las etiquetas dejan sentir allí una extraña incomodidad: es que no hay ningún asiento en ninguna de las habitaciones exteriores del Rey y de la Reina, excepto dos sillas plegables en la última habitación de cada uno, para las damas de guardia y para el Gentilhombre de Cámara, también de guardia, en el tiempo en que ejercían sus cargos, y para el Mayordomo mayor. Esto es tan exacto todavía, después de la completa extinción de todo lo demás, que no hay asientos, hasta ahora, en las más alejadas antesalas. Esto da un aspecto de desamueblado *deforme,* y produce no mediano cansancio, porque, hágase lo que se haga, se espera siempre mucho tiempo.

Alojamientos.—Por etiqueta o por otras causas, nadie se aloja en Palacio más que SS. MM. y sus hijos; las dos Camareras mayores de la Reina y de la Princesa; los Preceptores y Subpreceptores del Príncipe y de don Fernando, que han conservado sus habitaciones; el capitán y algunos oficiales de las guardias, las camaristas de la Reina y de la Princesa, las damas y las mujeres de los Infantes y gran cantidad de mujeres de todas clases, de tiempos de las otras Reinas, que no tienen maridos.

Hablar con los dedos.—Las antiguas celosías, célebres por los amores, existen aún en su mayor parte, pero los amores han huído, y aunque el lenguaje de los dedos y de los ojos esté todavía en uso, no es ya más que una lengua extranjera que sólo se habla para no perderla por olvido.

Aquí sería ocasión de hablar del Gobierno, de las

ceremonias y de las fiestas de la Corte; pero para comprenderlas bien es necesario conocer las personas que las componen o que pueden y podrán componerlas en lo sucesivo. No presumo de haber adquirido las suficientes luces para poder asegurar no haber caído en ningún error en materia tan difícil como es el conocimiento de los hombres y el desenmarañamiento de las genealogías, cuya oscuridad es universalmente conocida. Lo único que me propongo es darme aquí a mí mismo el fruto sincero de mi aplicación y de mis investigaciones, que han sido llevadas con la mayor exactitud que he podido y seleccionando las informaciones por mí mismo cuanto me ha sido posible.

Por muchas y muy singulares que sean las bondades que han tenido conmigo en España, universalmente envidiadas por todos, cualquiera que sea mi reconocimiento sensible a ellas, he procurado buscar sólo la verdad, sin pasión ninguna que me impidiera, en lo que me ha sido posible, ponerla en claro en un viaje de seis meses.

He estado en muy estrecha relación con los principales personajes, más íntimamente con algunos de ellos; pero los favores del empleo con que me honraba las han procurado tan universales a mi persona y tan extraordinarias en España, ante el ejemplo de las bondades y distinciones infinitas del Rey y de la Reina, y he procurado corresponder a ellas con tanto cuidado, exactitud, atención y cortesía, haciéndome una ley escrupulosa del deber de las visitas y de los encuentros y conversaciones en los sitios públicos, que puedo decir haber estado en relación con todo el mundo y haber adquirido por este medio y por un estudio continuo más conocimientos verdaderos que los que generalmente pueden traerse de un viaje tan corto.

Grandes de España.

Los coloco por orden alfabético, y ya se verá la razón al tratar de su dignidad. No los añado otros títulos de tierras que los de sus grandezas.

El Duque de Abrantes, duque de Linares, Juan Manuel de Alencastro, obispo de Cuenca (1), que tiene más de cien mil libras de renta. Procede, por línea de varón, de Jorge, hijo natural de Juan II, rey de Portugal. Este bastardo tomó el nombre de Alencastro en memoria de Felipa, hija del Duque de Lancastre de Inglaterra, mujer de Juan I, bisabuelo de Juan II, su padre, Rey de Portugal. El padre de este Obispo tenía cuanto talento se puede tener; punzante, agradable y gracioso, pero muy peligroso por su libertad y sus frases oportunas, que son célebres y que hacían temblar a ministros y a favoritos. Se hacía un poco el loco por gozar de mayor libertad; pero sus caprichos eran todos preparados y tenían su finalidad satírica. Su odio al Rey de Portugal, su pariente, y su celo por la superioridad de Castilla le habían hecho querer de Carlos II. No estuvo menos unido a Felipe V ni menos querido, haciéndose pagar en muebles, coches y toda clase de cosas, graciosamente y sin bajeza. Se había casado con Juana de Noronha, hija de Miguel, duque de Linares, caballerizo mayor de la Reina madre y de Lucrecia de Silva y Ladrón. Su posteridad terminó con su hijo, muerto Virrey de Méjico, y la del Duque de Abrantes se redujo a nuestro don Juan Manuel, ya sacerdote, que ha reunido las dos grandezas. Ha sido después nombrado Obispo y sin embargo nadie le llama sino Duque de Abrantes. Todavía no se ha cubierto porque pretende hacerlo con su birrete, y los Grandes, que temen la ingerencia eclesiástica,

(1) Nota marginal: "Un sobrino bastardo de este Prelado fué Duque de Linares por su donación ahtorizada por el Rey."

quieren que se cubra con un sombrero. Esta es la razón que le retiene en Madrid. Ha desempeñado todas las funciones de Patriarca de las Indias en ausencia del cardenal Borgia, que asistió al último conclave, y después de su vuelta ha suplido en los funerales de cabo de año de la difunta Reina, a los que yo asistí entre los Grandes, en las Dominicas de la Encarnación y en los que sólo tuvo una silla, a la antigua, a pesar de que el Rey y los Infantes no asistieron a ellos. Acudieron más Grandes que a ninguna otra ceremonia de las que he presenciado en Palacio. Tiene escaso talento, una gran piedad; trata, sin embargo, con mucha gente y no deja de pensar en ocupar el puesto de Patriarca de las Indias si llegase a quedar vacante, con miras aún más al Cardenalato. No se mete en nada y es buena persona y hombre horado.

El Conde de Aguilar, marqués de Hinojosa, don Iñigo Manrique de Lara, capitán general. Dicen que su verdadero nombre es la Cruz, al que ha añadido el de Arellano, de su madre, y de Mendoza, de la madre de su madre, porque de esta última procede la grandeza de Hinojosa, y de su madre la de Aguilar. Añade también el de Alvaredo. La antigua grandeza de Aguilar había caducado, y fué rehabilitada por Felipe IV para el abuelo del Conde.

Su padre era el Marqués de Frigiliana, consejero de Estado, que tenía muchísimo talento y capacidad, pero otro tanto de infidelidad y de maldad, lleno de atractivos y de buenas palabras. Era sumamente feo y decía que su hijo llevaba por dentro lo que él mostraba por fuera, respondiendo el hijo que después de su padre sería él el peor hombre del mundo, y lo peor es que ambos estaban en lo cierto en sus afirmaciones, sin dejar por ello de llevarse muy bien. El padre ha muerto hace muy poco. El hijo tiene quizás más talento, más capacidad, más amplitud de miras y de atractivos que ningún hombre en España; pero es también el más falso, el más infiel, el

más astuto, el más hábil, insinuante, peligroso, y desmesuradamente ambicioso. Infinitamente atrevido y altanero; temido y odiado por sus iguales, a los que pronto dominaría, y que le verían con más envidia que nadie ocupar puestos elevados. Sumamente adaptable a todos los detalles, nadie mejor que él para entender las diversas cuestiones que atañen a los generales en la guerra, si no hubiera tiros que temer. Ha servido mucho en Italia y en España. Ha aprendido mucho con monsieur d'Autin y bastante del Duque de Noailles, con quien ha estado relacionado muy íntimamente y urdido muchas tramas. Su amistad y su relación por cartas subsiste. El fué quien descubrió los manejos de Flotte y de Regnault, y quien los hizo detener en seguida. Ha tenido la mayor parte, casi la única, en la confianza del Rey y en todos los asuntos de los tiempos más calamitosos de su reinado. Gobernaba especialmente los asuntos de guerra, interviniendo con superioridad en las cuestiones de Hacienda, y tomaba parte en todo lo demás, más bien como ministro único que como ministro por encima de los otros, saliendo muy bien de todo. Su altanería le hacía odioso, llevando hasta el límite su autoridad, y haciéndose en toda su vida gran número de enemigos, uno de los principales el Marqués de Grimaldo. El Marqués de Castelar, después de las traiciones que le hizo viviendo en su intimidad, también fué uno de los más encarnizados. La idea que concibió de que no podían prescindir de él y los consejos del Duque de Noailles, le impulsaron a querer dominar al Rey, que le despidió al fin, con gran contento de todos, porque su dominio había llegado a ser intolerable. Ha sido sucesivamente capitán de las Guardias y coronel del regimiento de Guardias Españoles, y como tiene pocos bienes de fortuna y es muy interesado, ha vendido el collar del Toisón por una Encomienda de Santiago de diez mil escudos de renta, con título de canciller de esta Orden. La mayor parte de la nación desearía verle en un puesto por la opinión que tiene

de él, pero pocos particulares lo desearían, y las tropas que le estimaban le han detestado al fin. Domina un poco por cábalas al Presidente de Castilla y por él al padre Daubenton y al Duque de Popoli, ocultándolo todos. Está en bastante buenas relaciones con el Duque de Béjar y con el Marqués de Bedmar, y es enemigo del Duque del Arco, aunque no de los sobrinos de éste. Se ha casado con su hija única, a la que ama y da alojamiento. Ha estado desterrado dos veces en su Encomienda. Le he visto en Madrid muy retirado, yendo muy poco o casi nada a Palacio, sumamente atento y no compadecido por nadie, sin embargo. Sabe mucho de todo; lee mucho; muy aplicado a sus asuntos, y aunque joven es algo gotoso o se lo hace más de lo que es. Gran enemigo de todos los extranjeros y muy afecto a todos, sin embargo. Se jacta de no querer meterse en nada y rabia de no gobernarlo todo. Habla francés e italiano como los naturales. Se le vió en nuestra Corte, donde fué a aconsejar el sitio de Barcelona, que estuvo a punto de costar la corona al Rey de España. Este sitio fué un proyecto suyo y del Duque de Noailles para alejar al Rey de la Reina y hacerse los amos de todo. Muy poco después de mi marcha fué desterrado otra vez a su Encomienda por haberle faltado al respeto al Rey en una audiencia que le concedió, lo que se hizo constar en el decreto de destierro, cosa no corriente. El, pretendiendo haber hablado bien, escribió lo que había dicho y lo hizo correr por Madrid. Este discurso fué calificado de muy insolente e indignó a todo el mundo. Irritó de tal modo al Rey con su conducta, que estuvo a punto de enviarle a un castillo a Galicia, pero salió del paso por su destierro por donde está. Su mujer es singularmente fea y reside casi siempre en el campo.

El Duque de Alba, Duque de Huéscar, Conde de Lerín, Conde-Duque de Olivares, Marqués del Carpio y de Heliche, Conde de Monterrey, Condestable hereditario de Navarra. Don Francisco Alvarez de Toledo, descen-

diente por línea de varón del célebre Duque de Alba de los Países Bajos y de la conquista de Portugal, tío paterno del Duque de Alba muerto en París, primer Embajador de Felipe V, que confirmó la grandeza, discutida y caducada, del título de Condestable hereditario de Navarra a su hijo único, muerto niño, antes que él, en París. Las Grandezas de Olivares, del Carpio, de Heliche y de Monterrey las tiene por su mujer, hija del Marqués del Carpio, Embajador en Roma, muerto Virrey de Nápoles, hijo del célebre don Luis de Haro que hizo la paz de los Pirineos con el cardenal Mazarino, y de doña Henríquez de Cabrera (*sic*), hermana del Almirante de Castilla, muerto fugitivo en Portugal cuando acababa de ser nombrado para la Embajada de Francia a la llegada de Felipe V a Madrid, después de su advenimiento a la Corona. El Duque de Alba es buena persona, sin ambición ni crédito. Su mujer, que los tiene por los dos, le ha dejado tranquilo, mezclándose en cuanto ha podido, siguiendo su pasión por la Casa de Austria y retirándose a Viena con su hija única, que se ha casado con don María-José (*sic*) de Silva, Conde de Galve, que ha seguido los mismos intereses y el mismo retiro, y es hermano del Duque del Infantado, de la Duquesa viuda de Medina-Sidonia, muerta mientras yo estaba en Madrid, y de la Condesa de Lemos. El Duque de Alba vive en Madrid.

El Duque de Alburquerque. Don Francisco Fernández de la Cueva, caballero del Toisón, ha sido Virrey de Méjico. Desciende, por línea de varón, como todos los la Cueva de hoy, de Hugues Bertrand, francés de nacionalidad, que se casó en el siglo XV con María de la Cueva, cuya casa decayó, tomando él el nombre y las armas. El Duque de Alburquerque se ha casado con la hermana del último la Cerda, duque de Medinaceli, con la que tiene, entre otros hijos, a la Marquesa de los Balbases. Es muy buena persona, muy atento, de muy poco talento, que va, sin embargo, a su fin; muy rico, muy

avaro, de una figura muy heteróclita, algo contrahecho y con trajes que no lo son menos. No come nunca más que sopa y algunos dulces; bebe agua y no es viejo. Es tío del Duque de Veragua y de la Duquesa de Liria. Asiduo de Palacio y de las funciones, aunque sin ambición, echa mucho de menos las etiquetas. Tiene cerca de Palacio, frente a la Encarnación, una de las más hermosas casas de Madrid, que habita; bellos cuadros y hermosos muebles.

El Conde de Altamira, Marqués de Leganés, de Astorga, de Velada, Duque de Sanlúcar. Don Antonio Ossorio y Moscoso (1), sumiller de Corps del Príncipe, gobernador del Buen Retiro. Altamira ha sido erigida por un Ossorio; salió de la casa y volvió a ella. Sanlúcar y Leganés los tiene por su madre, de quien se tratará en su lugar como camarera mayor de la Reina. Astorga y Velada se los disputaban él y su mujer, habiendo terminado con el matrimonio las disensiones. Ella es hija del Marqués de Astorga.

El Conde de Altamira es sobrino de la Duquesa viuda de Ossona y cuñado del Conde de San Esteban de Gormaz, íntimamente unido con él y con toda su familia; se lleva muy bien con su madre y con su mujer. Es rico, tiene una de las casas más magníficas de Madrid y la mejor amueblada. Parece estar bien con el Príncipe. Su mujer ha sido la belleza de España, y aunque muy desfigurada por las viruelas locas y con mucho talento y mordaz, la cuesta trabajo renunciar a ello. Sigue aún dando que hablar. Está en confidencias con su marido, su suegra y su cuñada, y es una de esas mujeres con quien habría que contar en una Corte. El Conde de Altamira tiene talento y ha leído mucho: es lástima grande que no haya servido ni viajado nunca; hubiera sido un verdadero súbdito. Noble, dulce, mesurado, sensato,

(1) Nota al margen: "Fué nombrado de la Orden de Saint-Esprit, 1724, antes de tener la edad y murió en seguida, sin haberla ostentado, dejando hijos e hijas."

tímido y cortesano; siempre de una piedad sincera, sólida y continuada, que por no haber salido de su centro la empequeñece. En conjunto recuerda a M. de Beauvillier. Escrupuloso, exacto, muy afecto a los jesuítas, alegre, cortés, atento y amable en sociedad. Es muy joven y muy considerado.

El Conde de Aranda, Conde de Albatera. Don Guillermo Rocafull y Rocaberti. Tiene la Grandeza de Albatera por su mujer, que es sobrina suya, Antonieta Francisca de Heredia y Urrea. Vive muy retirado.

El Duque del Arco. Don Alonso Manríquez (1), caballerizo y montero mayor; gobernador del Pardo, de la Torre de Parada, de la Zarzuela, de Balsain, de la Granja, todas Casas Reales y único en ejercicio de Gentilhombre de su Cámara. Ha sido Mayordomo de Carlos II y del Rey, y luego su caballerizo mayor y su favorito, digno de serlo y teniendo y mereciendo la pública estimación. Su talento es mediano, nada dispuesto para los asuntos, dulce, modesto, atento, agradable y cortés. No se mezcla ni quisiera mezclarse en nada, y su ambición es estar en la gracia del Rey (que no ha significado preferencia constante por ningún otro), sin envidias. Todas sus maneras son nobles y reposadas. Su figura y hasta su cara son sumamente agradables. Los franceses, inclinados a encontrar bien sólo lo suyo, dirían que es francés. Ha sido uno de los grandes toreros de España y el que más echa de menos las fiestas de toros; el que ha hecho más actos de valor en los tiempos en que todo parecía permitido en España, bajo Carlos II, y el que ha demostrado más deseos de actuar en las guerras de España de ese reinado, sin haber sido nunca oficial. Muy galante, muy bienquisto de las damas, muy discreto, feliz y hombre muy honrado en todo; muy distinguido por su adhesión, su fidelidad y su inimitable asiduidad con el Rey. Lo que acabó de hacer su suerte fué

(1) Nota marginal: "Tuvo el Toisón poco después de mi marcha y el Saint-Esprit en 1724."

el azar de un enorme y furioso jabalí que cayó sobre el Rey, que le había herido. Alonso Manrique se interpuso entre los dos, mató a sablazos al jabalí, salvó al Rey y fué herido gravemente. Es el único admitido en el interior de Palacio, aun en las horas más secretas, así como su amigo el Marqués de Santa Cruz, pero menos privadamente que aquél. Ha tenido también la suerte de estar a bien con las dos Reinas y con el Rey, y el valor de resistir en todo la omnipotencia de Alberoni, que ha desafiado constantemente, sin consecuencias desagradables; es también amigo íntimo del Marqués de Grimaldo. Tiene un retrato del Rey en miniatura al reverso de su Santiago, del que tiene una Encomienda de poco valor, sin que haya querido ninguna otra. Se puede decir de él que es un favorito sin envidias, sin ambición, sin interés, muy estimado, muy amado y muy amable, dulce, fácil, accesible a todos y que tiene todas las maneras de un gran señor. No se está totalmente de acuerdo en que sea de los verdaderos Manriques, ni que su mujer, que para decirlo en una palabra vale, a su manera, tanto como él, sea de los verdaderos Henríquez. Es una heredera muy rica; viven juntos en la más tierna unión y le sigue en los viajes de la Corte, donde tiene una mesa magnífica. No tienen hijos; le gusta la música y tiene una, suya, excelente. Educa a un sobrino, que será su heredero, aunque esté poco satisfecho de su hermano mayor, padre del muchacho, que vive en el campo satisfaciendo sus caprichos. Su madre ha estado casada dos veces, desigualmente; tiene, pues, un hermanastro. En vez de lamentarlo, le ha hecho venir a vivir a su casa, desde su elevación, y le procura toda la consideración y el mejoramiento que puede. Esto solo le caracteriza. Este hermano es hombre de mérito. El Duque del Arco tiene unos cincuenta años largos: a menudo representa muchos menos y a veces más. Alto, derecho, muy bien constituído y, cosa rara en un español, rubio, sin ser deslabazado y con una dentadura muy bonita. Es excelente jinete. El

Rey y la Reina le llaman generalmente don Alonso, familiarmente, y sus amigos también. El Marqués de Santa Cruz, que le quiere mucho, le reprocha que es el nombre de todos los arrieros de España. Es por inclinación afrancesado, aunque hijo del hijo del célebre Conde de Fuensaldaña, Gobernador general de los Países Bajos.

El Duque de Arcos, de Aveiro, de Torresnuevas, de Ciudad-Real, de Villahermosa, de Maqueda. Don Joaquín Ponce de León, capitán general sin haber servido y sin conocimiento de la guerra. Ha sido Consejero de Estado. Es hermano del Duque de Baños, de la Duquesa de Alba, Embajadora en Francia, muerta sin hijos, siendo Duquesa de Solferino, mientras yo estaba en España. Casado con una hermana del Marqués de los Balbases, de las Duquesas de Medina-Celi y de la Mirándola y de la Princesa Pío, viviendo todos muy unidos. Arcos ha sido creada por su casa y no ha salido de ella. Las demás grandezas las tiene por su madre, muerta hace pocos años, que ocupaba el hotel de Rambouillet en Madrid, y que se había establecido sobre el pie de ejercer toda autoridad en la Corte y en la ciudad. Se llamaba María de Guadalupe de Alencastro, heredera de la rama primogénita de este nombre. Este Duque de Arcos y su hermano fueron vistos en París y en su Corte al comienzo del reinado del Rey de España, que los envió allí por algún tiempo por haberle presentado un memorial oponiéndose al convenio que acababa de hacerse sobre la paridad y reciprocidad de rango de los Duques y de los Grandes en Francia y en España. Es uno de los hombres de más talento de España y de más saber, a pesar de las faltas y de las equivocaciones de su memorial. A propósito de esto diré que la entrada de los Cardenales en el Consejo de la Regencia y la salida de los Duques y de los Mariscales de Francia que formaban parte del mismo, dió mucho que hablar en España, y que el Duque de Arcos pareció ser el más ofendido de todos, hasta el punto de decirme, por muy reservado que me

mostrase, que me conjuraba y esperaba de mí al mismo tiempo que a mi vuelta, que estaba próxima, no volvería yo al Consejo. Es muy rico y muy inteligente en caballos, de los que tiene una cuadra soberbia en su magnífica casa de Madrid, que habita siempre; vive ordenadamente, pero no ha podido gozar de ninguna de las clases de gobierno que se han sucedido en este reinado, afectando no asistir a ninguna función y no ir nunca a Palacio. Había tomado parte en una intriga para hacer saltar a Alberoni, que fué descubierta, y en la que dió muestras de gran blandura, después de haber prometido e inculcado gran firmeza. No por ello dejó de ser encarcelado y de permanecer preso cerca de seis meses. Ha sido, sin embargo, siempre fiel en todo tiempo, demostrando afecto. Es enemigo de los extranjeros y le acusan de ser falso y trapacero. Entre todos los señores es del que he recibido más muestras de amistad, llegando hasta a enviarme para mi hijo mayor, que estaba muy enfermo, un remedio precioso, que él tiene, y mostrando un interés sensible por su salud. Otros juran su probidad.

(*Continuará.*)